

Manuel Sadosky – Recordando a un Maestro

Conocí a Manuel Sadosky hace casi sesenta años cuando se reincorporó como profesor a la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires a fines de 1955. Yo promediaba entonces mis estudios en la Licenciatura en Química y participaba activamente en el Centro de Estudiantes de Química. Junto con los estudiantes de los dos otros centros que había entonces –de ciencias naturales y de física– compartíamos intereses y preocupaciones sobre la reconstrucción académica de la Facultad. Con aquellos objetivos comunes teníamos discusiones frecuentes con los profesores que regresaron a la Facultad durante el decanato interino de José Babini, entre los que se destacaban Manuel y Cora Sadosky.

La participación como docente auxiliar en el nuevo curso de ingreso con características formativas, que se desarrolló durante el verano 1955/56, me llevó a establecer una relación directa con Manuel y Cora, quienes compartían una pasión por la enseñanza de las matemáticas. Luego, durante mis dos últimos años de facultad tomé con ellos cursos de matemáticas que me mostraron una manera distinta de ver las matemáticas, menos formal que las de los primeros cursos de álgebra y análisis, más vinculada con las aplicaciones.

Manuel tenía alma de maestro, más allá de las matemáticas, siempre listo para dar consejos y recomendaciones. Recuerdo como en, su afán para ofrecer consejos y referencias, solía recurrir a sus anotaciones en una misteriosa libretita negra que guardaba siempre en algún bolsillo.

Después de 1966 nos vimos menos frecuentemente. Yo fui a Chile y Estados Unidos durante los gobiernos militares de Onganía y Lanusse y Manuel se exilió en Venezuela durante la última dictadura. Nos volvimos a encontrar en 1983 cuando compartimos reuniones de la comisión de ciencia y tecnología que se organizó como parte de la campaña presidencial de Raúl Alfonsín. Manuel aportaba una visión crítica que se nutría en su experiencia y en su natural optimismo docente. El sabía que el desafío sería complejo pero nos alentaba a desarrollar un programa realista.

La gestión de Manuel Sadosky como Secretario de Ciencia y Técnica durante el gobierno de Raúl Alfonsín será recordada como una época de restauración de valores éticos y de revitalización de la comunidad científica después de la dura pesadilla de la dictadura.

Yo recordaré a Manuel como un sabio consejero y maestro.

Carlos Abeledo

La Xerox

Para el día del cumpleaños de Manuel en 1994, Rebeca Guber, con quien escribió el clásico libro "Cálculo Diferencial e Integral", conocido en la jerga estudiantil como "El Zadosky-Guber"), hizo una colecta entre sus amigos para regalarle una fotocopidora, dado que el fotocopaba toda información que le parecía interesante y que pudiera necesitar consultar o exhibir en el futuro. Ella me invitó y participe con mucho gusto.

Al tiempo recibí una fotocopia, realizada con el flamante aparato que decía:

"Cuando Manuel recibió la caja con la "XEROX" creyó que le hacían una broma por su manía de sacar fotocopias a todo lo que pudiera interesar a sus amigos.

Como verán la fotocopidora funciona y es el chiche de Manuel.

Está muy agradecido por el lindo y útil regalo colectivo. No pudieron tener mejor idea.

Reciban un cariñoso saludo de

Manuel y Katún

A poco de ingresar a la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA, estaba esperando que abrieran la puerta del aula magna del histórico edificio de Perú 222, para ingresar a rendir el primer parcial, cuando, abriéndose paso en la multitud de alumnos que aguardábamos, pasó Sadosky al lado mío. Entonces pude escuchar el siguiente diálogo:

Alumno: pelado, decime si estudiaste, así me siento a tu lado y me copio.

Sadosky: Sí, estudié bastante, como para ser el profesor...y ahora te voy a dar el gusto: acompañame y sentate a mi lado en la tarima, así me aseguro de que no te copies.

Jorge Aguirre

La cantidad de recuerdos es abrumadora y mi amistad con Manuel y Cora se remonta a 1950 cuando yo era estudiante y ellos nos protegían culturalmente.

Bueno, en 1958 se elegía Decano para la Facultad de Ingeniería, había dos candidatos Sadosky por los reformistas y Constantini por los humanistas, la elección estaba prácticamente empatada y le tocaba votar a Héctor Abrales, estudiante de la Liga Humanista pero gran amigo y discípulo de Manuel. Los humanistas habían decidido votar a Constantini y en ese sentido fué su mandato a Abrales quien no compartía esa opción pero obedeció el mandato y...se desmayó. De inmediato Manuel lo ayudo a levantarse y lo abrazo consolándolo porque entendía la limpieza de los procedimientos. Ergo, salió Constantini como Decano y se inauguró la época de la Ing. Civil en la facultad. Es seguro que si hubiera ganado Manuel otro gallo cantaría en el futuro de la facultad.

Abrales fué luego "desaparecido" por su militancia cristiano-revolucionaria.

En cuanto a lo de protección cultural tenía varios aspectos, era una época de poco contenido cultural básico tanto en lo artístico como en lo filosófico: por ejemplo, Les luthiers fueron en su mayoría estudiantes de la facultad, Cora y Manuel detectaron sus posibilidades y los impulsaron a lo que son hoy. Tampoco conocíamos mucho de los autores ideológicamente de izquierda y de las cosas que sucedían en el mundo.

Avanzar más en ese contexto me definiría como "gorila"

Jorge Albertoni

La influencia del Profesor Manuel Sadosky en mi vida profesional

El profesor Eduardo Zarantonello¹, Matemático de renombre, al que conocí como alumno en un curso sobre Tensores que dictaba cada 15 días en la Facultad de Ingeniería de San Juan cuando yo estudiaba Ingeniería Eléctrica. Zarantonello, impresionado con mi rendimiento, me convenció de que debería seguir Matemáticas en Buenos Aires, en realidad convenció a mi esposa Amanda Salceda y esto fue más eficiente.

Zarantonello había hablado con Manuel Sadosky para que me consiguiera financiación más que una beca, Sadosky me consiguió trabajo como calculista para un proyecto dentro del equipo de Rolando García. Se suponía que eso me dejaría tiempo suficiente para estudiar matemáticas.

El acuerdo entre Sadosky y Zarantonello era que mis estudios de matemáticas serían más importantes que cualquier trabajo que yo hiciera.

Al año siguiente el proyecto se terminó y pase a trabajar como programador en el Instituto de Cálculo. Esto cambio completamente mi orientación profesional para toda mi vida y las matemáticas pasaron a segundo plano.

En realidad Sadosky nunca tomo muy en serio el acuerdo con Zarantonello, como cuando llegó el contrato de CEPAL para simular los embalses en ríos andinos, el me pidió que tomara menos materias ese semestre para dedicarle más tiempo a la programación de la simulación.

Sadosky tampoco ayudó a que yo tuviera más tiempo para estudiar matemáticas cuando me nombro jefe del recién formado grupo de Investigación Operativa.

Sin embargo Sadosky fue responsable de mi interés en Investigación Operativa, aunque por un error sobre el contenido de un taller que al que me envió.

Yo estaba estudiando programar en el lenguaje de máquina Pig cuando vino al Instituto, para dar este taller el Profesor de la universidad de Manchester que diseño el programa que teníamos para resolver problemas de Programación Lineal.

Como este sistema estaba programado en Pig, Sadosky entendió que el taller era sobre Pig, pero en realidad era sobre el uso del programa de Programación Lineal.

Como el taller era en inglés yo no entendí nada y me puse a estudiar el programa y hacer pruebas. Así, cuando llegó el pedido de un ministerio para resolver una familia de problemas de programación lineal, estos me fueron asignados a mí para su resolución.

Sin embargo, cuando me gradué de Computador Científico en diciembre de 1964 en el momento de entregarme el diploma, me dijo “espero que ahora termines la licenciatura en matemáticas”, cosa que no pude hacer porque me fui a Venezuela, aunque habría sido posible porque solo me quedaban 2 o 3 asignaturas.

Zarantonello siempre culpo a Sadosky de que me dedicara a la computación y no a las matemáticas puras.

También colabore con Sadosky en el desarrollo de la ESLAI, lo que fue una experiencia inolvidable para mí.

Sadosky fue una influencia durante el resto de mi vida, nos hicimos amigos cuando fue a Venezuela y nos mantuvimos siempre en contacto hasta que falleció.

Julián Aróoz

¹ <http://inmabb.criba.edu.ar/revuma/pdf/v52n1/v52n1a01.pdf>

De la UBA a la UdelaR: un recuerdo de Manuel Sadosky

Allá por setiembre de 1966 hubo una reunión urgente del Centro de Estudiantes de Ingeniería: la noche anterior la dictadura de Onganía había atacado a la Universidad de Buenos Aires (UBA), ensañándose particularmente con la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales. Su Vice Decano, Manuel Sadosky, había sido golpeado en la ocasión; creo que la primera vez que oí mencionar a Manuel fue en esa reunión, en la que resolvimos salir de manifestación en solidaridad con la UBA.

Poco después, a un grupo de docentes que habían quedado fuera de la UBA intervenida por la dictadura, la Universidad de la República (UdelaR) les ofreció una oportunidad de seguir su labor académica en nuestra institución. Eso me dio la oportunidad de conocer a Cora y Manuel Sadosky, y también a Mischa Cotlar, su íntimo amigo, que andando el tiempo sería mi admirado y querido maestro.

Como es bien sabido – y será sin duda relatado por participantes del proceso – Sadosky tuvo un papel fundamental en el impulso inicial a las actividades académicas en computación realizadas en la UdelaR. Su polifacética actividad montevideana incluyó un diálogo estrecho y un asesoramiento personal al Rector de entonces, Oscar Maggiolo, que debía enfrentar algo en lo que Manuel ya era experto: el enfrentamiento al autoritarismo gubernamental que se ensaña con las universidades autónomas y cogobernadas.

En esa labor informal, Manuel conjugaba experiencia y firmeza con sensatez y su reconocido don de gentes. Para botón de muestra, sirva esta pequeña anécdota del duro año 1968. Como integrante del Comité de Movilización de la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU), me tocó transmitirle al Rector Maggiolo una serie de decisiones de la FEUU que Maggiolo consideró inaceptables, por lo cual anunció su renuncia. La concreción de la misma hubiera sido una catástrofe para la resistencia al autoritarismo gubernamental, resistencia de la cual Maggiolo era primera figura. A través de gestiones en las que Sadosky y Domingo Carlevaro - Mingo para los amigos - pusieron en juego toda la baqueta que a mí me faltaba, la situación se resolvió sin mayores perjuicios.

Para mí fue un gran privilegio conocer a Manuel en Montevideo, volver a encontrarlo en Buenos Aires –cuando la UBA nos dio trabajo a varios docentes de la UdelaR destituidos por la dictadura– y tratarlo asiduamente en Caracas después.

Hoy, con emoción, destaco que, en la construcción académica, en el manejo experimentado del compromiso autonómico, en la solidaridad con su gente, Manuel Sadosky fue un gran servidor de la Universidad de la República.

Rodrigo Arocena

DR. MANUEL SADOSKY

Recuerdos

El Dr. Manuel Sadosky, q.e.p.d. fue una bellísima persona y un gran maestro. En sus extraordinarias clases conjugaba sus conocimientos profundos, con la claridad, la sencillez y la modestia del maestro de escuela primaria que era. Se enorgullecía de serlo y me decía que nunca olvidara que yo también lo soy. En 1979 en ocasión de un viaje suyo a México, donde yo residía desde 1966, me dijo que ya les había dicho a unos amigos que seguramente yo podría ocuparme de la situación en Matemáticas de su hijo, cuyo bachillerato estaba en riesgo por las notas reprobatorias en dicha materia. La Dra. Cora Ratto, su esposa entonces, q.e.p.d., le llamó la atención por repartir tareas sin preguntar, a lo que él respondió: *“Somos maestros, no vamos a abandonar a XXX, si sabemos que podemos sacarlo del lio en que está ¡y más, tratándose de Matemáticas, que seguramente va a aprobar y con gusto!”*. Fue maestro, maestro de tiempo completo en su vida completa. Con emoción contaba cómo sus mamá, analfabeta, se maravillaba y agradecía que todos sus hijos pudieran ir a la Escuela Primaria, luego a la Normal (todos fueron maestros) y luego ¡a la Universidad!

Era notable su forma de escribir y dibujar en el pizarrón. Yo recuerdo hasta el día de hoy, su emoción contagiosa al explicar y su alegría al ver que entendíamos y, sobre todo, que nos gustaba aquello que nos estaba enseñando.

Recuerdo también su admiración a los griegos al hacer los dibujos, impecables, de las cónicas resultantes al cortar un cono con un plano (*“ellos hacían todo con regla y compás”*, decía emocionado); y recuerdo sus muchos otros dibujos y gráficas, todo en el pizarrón, con tiza.

Recuerdo su visión de la Computación y las computadoras al enseñar métodos de cálculo aproximado en los albores de la Computación. Así, algunos de nosotros iniciamos el camino que se abría ante nosotros y que luego contribuiríamos a construir, durante todas nuestras vidas.

Fue uno de los grandes reconstructores de la Universidad en el final de los años 50; sabía perfectamente hacia dónde y cómo debía ir la Universidad. Detectaba gente valiosísima, y desafiando incomprendiones y burocracias, la ubicaba para progreso de todos nosotros. Impresionaba al plantear cómo debía reproducirse, multiplicarse y propagarse la experiencia universitaria, para salir de cercos locales y abrirse a todo el país, a toda la sociedad. Una vez en su casa, hablando de los riesgos que podrían correrse al multiplicarse y propagarse, y de la postura de vedetismo en que seguramente incurrirían algunos de los propagadores, nos dijo: *“Pero ¿qué les pasa?, es absurdo tener temor por esas cuestiones; primero: aunque no seamos muchos, existimos quienes sabremos cuidar que eso no ocurra; y segundo, y esto es lo más importante: los estudiantes que empiecen a formar los cuadros en provincia, verán nuevos horizontes y servirán de contrapeso para evitar desvíos indeseables”*. Siempre valoró y respetó grandemente la fuerza de los estudiantes.

Fue punta de lanza generadora de cambios para que las instituciones brindaran servicios para encarar y resolver problemas nacionales; y el Instituto de Cálculo fue precisamente modelo en este aspecto ya que en su corta vida tuvo con muy buenos resultados la triple misión de investigación, de

educación superior con el apoyo del Departamento de Matemáticas, y de servicio a la comunidad por medio del estudio y la resolución de problemas de interés nacional.

Julio de 1974. Argentina vivía momentos difíciles; la sociedad estaba golpeada y dividida. Y la Universidad, obviamente, no escapaba a la triste realidad. No recuerdo por qué exactamente, la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales quedó sin Decano y empezó a circular “el rumor” de que el Dr. Sadosky volvería a la misma para ocupar ese cargo. En esa época yo estaba temporalmente en Buenos Aires y en la Facultad. Aunque el deseo de volver siempre existió en el Dr. Sadosky, hasta donde yo sabía, no había tal intención en esos momentos. Empezaron a surgir en la Facultad grupos que “habrían de oponerse con todas sus fuerzas si se designaba Decano al Dr. Manuel Sadosky”. El ambiente era desagradable; pero sobre todo, preocupante. Corrí a la casa del Dr. Sadosky, para llevarle personalmente mi testimonio de lo que se estaba viviendo, que él ya conocía bastante. Una frase suya resume su postura: “*¿Acaso no saben que jamás yo volvería si tuviera que aceptar condiciones contrarias a mis principios y mi forma de pensar?, y además: ¿no saben que jamás lo haría con la oposición de los estudiantes? No me conocen*”. Huelga decirlo: estaba muy preocupado por todo lo que se estaba viviendo; y estaba triste, consternadamente triste.

Para mí, haber sido su alumna y haber estado a su lado en el Instituto de Cálculo, fue un privilegio de formación y aprendizaje. Hubo amistad durante toda la vida y siempre, siempre, aprendí de él.

Dra. Victoria Raquel Bajar
Graduada de la Carrera de Computador Científico
el 30 de julio de 1964
México D.F., enero de 2014

A Manuel Sadosky le pedí la renuncia

Conocí a Manuel Sadosky en el año 85 en situaciones bastante diferentes a las que la mayoría de la gente podría suponer. Yo era presidente de la Asociación de Personal de CONICET, es decir, representante gremial. Por lo tanto me tocaba conversar con él por motivo de reclamos periódicos que teníamos en ese momento en materia salarial, de insumos, de infraestructura. Nuestras reuniones eran bastante ríspidas, sobre todo de parte mía que venía con mucha ansiedad y con muchas ganas de cambiar las cosas de forma instantánea. Eran discusiones largas, con él y con Sara Rietti y recuerdo que en una de esas charlas, Sadosky me pregunta “si no podemos cambiar las cosas ya ¿qué hacemos? ¿Renunciamos?” y yo le dije que sí. Retrospectivamente me parece un gesto de petulancia de mi parte que no sé si yo hubiera tomado tan bien como él en mi situación actual.

Años más tarde pude comprender que las urgencias eran otras. En ese momento lo crítico era democratizar el sistema científico que aún estaba sometido a una lógica propia de la dictadura. Creo que Sadosky cumplió la función de apoyar esa etapa y que sufrió las constricciones propias de una situación económica que no permitía mayores inversiones en el sistema. Durante los 80 no fue posible darle a la ciencia la importancia presupuestaria que sí tuvo en la última década.

En el campo científico, lo que más valoro de Sadosky es el coraje, entendido como la iniciativa para enfrentar situaciones de riesgo. El hecho de promover las carreras de computación o traer la primera computadora al país, le significó una puja con el establishment que no creía en esas nuevas tecnologías y él asumió ese costo desde su convencimiento. Haber lanzado de forma tan temprana la enseñanza de la computación fue su mayor aporte. Además muchos fuimos beneficiarios de su libro “Elementos de cálculo diferencial e integral” que dejaba de lado la demanda de comprensión de los docentes hacia los alumnos y buscaba que el alumno aprendiera. Es por eso que uno de nuestros proyectos es reeditar de manera digital el libro escrito por Sadosky junto a Rebeca Guber.

La última imagen que tengo de Sadosky es durante un evento relacionado con la industria del software. Él me reconoció, se acercó a saludarme y me agarró las manos con mucho cariño. De alguna forma sentí que en ese gesto había una transmisión de responsabilidad. Quizás no fuera ese el mensaje, quizás se trató solo de un gesto intrascendente pero lo viví con mucha intensidad afectiva. Ese gesto tuvo un efecto perdurable en mí. Sentí que tenía que hacerme responsable de esta nueva etapa y tal vez poder concretar esas cosas que le había reclamado a él y que ahora me tocan a mí llevar adelante.

Lino Barañao
Ministro de Ciencia, Tecnología e Innovación Productiva de la Nación

Sereno y amable presentaba su firme carácter el tío Manuel. Mi viejo lo recibía en la casa de City Bell, donde nos visitaba con frecuencia los fines de semana, sin ahorrarse ningún gesto de amabilidad y cortesía. Un trato especial que no dispensaba ligeramente, incluso me atrevo a decir que morigeraba y dotaba de gracia su conversación para hablar con el Dr. Sadovski sin que por ello dejara de ser su Tío. Desde este lugar me encuentro con Manuel el hermano de mi abuela. Los recuerdo tomando mate en el comedor, o pasando la tarde en lo de Mi Tío Carozo, el hermano de Mi Viejo y de Coquita. Mi Tía o tal vez caminando por las calles de tierra de City Bell, los recuerdo jóvenes, alegres, emprendedores. Ya había soportado “La Noche de los Bastones Largos” y el verano 74-75 no parecía, con mis casi nueve años, la antesala del horror que vivimos. El golpe del 76 se llevó todo. Miedo, desconfianza, no felicidad se llevaron personas de las calles de las casas. Manuel como tantos en el exilio. Pregunte con diez años porque se había tenido que ir Manuel y Gerardo un primo de mi papa hijo de Juana otra hermana de Manuel. Y mi vieja con mucha bronca, que nunca se le fue, me dijo ¡por pensar! Y con un gesto de cierre en el aire y de puntitas de pie dijo; y nada más.

De todos modos le seguimos como pudimos en contacto y a la espera de alguna carta un llamado de teléfono breve con noticias. Hasta que en el 83 regreso, ya sin Cora, su esposa y madre de su Hija Corita.

Yo tenía 16 años entonces y recuerdo que cuando charlamos de mi interés por la política me regalo de su biblioteca “yo Claudio”.

Leonardo Benaglia

Recuerdo que le pregunté a Cora “Tía, por qué Manuel no viene a la playa con nosotras?”

Y ella me respondió que le gustaba más quedarse en el barrio, y que se entretenía con lo que hacía con los chicos de la vecindad donde estaba la casa. –en Miramar-, frente al campo (ajeno) sembrado de choclos. Varios años más tarde, supe que las tardes de verano, Manuel había logrado, reunir a un grupo de chicos residentes, donde seguía “provocando” las más diversas inquietudes entre los concurrentes. Imagino que todo transcurriría como lo vi haciéndolo más adelante, observando su paciencia ante los interlocutores, partiendo de las inquietudes que expresaban.

Supe que con los elementos más precarios, les proponía hacer experimentos, resolver problemas de sus convivencias o entusiasmarlos con las actividades más diversas. Llegó a organizar un coro, donde les hacía escuchar música, y seleccionar el repertorio.

Mucho más adelante, cuando la dictadura lo confinó al exilio, se ocupó especialmente de acompañar con una beca a uno de esos chicos.

María Ester Benaglia (Dóchinka)
(sobrina de Manuel, hija de Ester Sadovsky).

Fragmentos de una entrevista que describen al Maestro

Recordamos a Sadosky con cariño, por su calidez, sencillez y natural don de Maestro.

Tenía especial aprecio por el Uruguay, muy especialmente por los integrantes del Centro de Computación de la Universidad de la República (CCUR). En la entrevista que le realizamos en su departamento de la calle Paraguay, Buenos Aires-Argentina, año 2000, decía:

“...había motivos muy serios para estar muy contentos y por ejemplo, el hecho de que los uruguayos vinieran, nos ponía contentos a nosotros (...).”

Se refiere a la época de “Clementina”, computadora que puso al servicio de todos, también de Uruguay. Los docentes uruguayos viajaban toda la noche en el “Vapor de la Carrera”, trabajaban con los programas que habían llevado y retornaban con todo compilado a seguir trabajando en Montevideo.

Con gran poder de síntesis relató: *“(...) hace trescientos años, Pascal [Blaise: 1623-1662], siendo un muchacho, se le ocurrió una máquina; porque veía que el padre hacía unas cuentas tremendas, era el contador de la municipalidad donde estaban viviendo. (...). “Llevarse” es una cosa muy fácil de decir, con eso los chicos aprenden en la escuela a sumar; pero mecánicamente ¿qué es llevarse? Entonces él vio que había que inventar algo que arrastrara. Los números estaban en unas rueditas, ¿no?, uno al nueve. Después del nueve, un ganchito que cuando pasa del nueve, empuja la ruedita de al lado, entonces eso formaba una unidad al final de las decenas, digamos. Entonces Pascal, que era un genio, inventó una máquina, que está todavía en el museo de París, para sumar mejor. Pero lo que importa aquí es ver que hay que tener mucha inteligencia para hacer las cosas de diferente modo. No se trata de que sea mucho esfuerzo o poco esfuerzo (...). Ahora, Leibniz [Gottfried: 1646-1716], que era más filósofo, hizo una máquina un poco mejor, la concibió, de todos modos eran cosas mecánicas; eso es lo que conviene recalcar. (...). Entonces así pasaron años y después hubo otro inglés Babbage [Charles: 1791-1871] que propuso unas máquinas eléctricas, pero nunca llegó a “hacer” nada. Después, cuando empezó a trabajarse fino, no la electricidad para iluminar las cosas, sino para comunicarse, el teléfono por ejemplo, ya se concibió que se podían hacer las cosas mucho mejor. Entonces, en la época de la guerra, ya esforzados porque había que comunicarse mejor, empezó a haber lo que se llamaban las máquinas electrónicas. Y así empezó la historia en Norteamérica; unas máquinas muy grandes, muy pesadas, pero ya las comunicaciones eran mucho más fáciles. (...) De todos modos, digamos, vendrán trescientos años para que una idea tan genial como esa de hacer los cálculos sin la participación directa del hombre, se desarrolle”.*

En ese simpático, instructivo y privilegiado encuentro en su casa, Sadosky se vio siempre acompañado por Katún Troise, quien sentada en un pequeño banquito frente a él, sin decir palabra, seguía atenta a su marido en esa etapa de la vida que le tocó vivir.

Laura Bermúdez y María Urquhart

Una anécdota con Manuel Sadosky

A comienzos del año 1960, después de nuestras vacaciones de enero en Lago verde en el Parque Nacional Futalaufquen con el Campamento Químico, Alberto Villa y yo decidimos dar libre la materia Análisis Matemático II. Eramos estudiantes de la Licenciatura en Química (yo en ese entonces también de la de Física), habíamos entrado a primer año en 1959 y habíamos cursado muy exitosamente Álgebra y Análisis Matemático 1 en el primer y segundo cuatrimestre de 1959, respectivamente, además de las materias de Química (Qca general I y Qca General II). Durante todo el caluroso febrero nos preparamos arduamente, alternando también con fuertes nadadas por las mañanas en el Club Comunicaciones, y salidas al cine a disfrutar del aire acondicionado. Creo que estudiamos por el libro de Courant e hicimos todos los ejercicios de las guías de trabajos prácticos.

Llegamos muy bien preparados a la fecha de exámenes de marzo y nos tomó examen Manuel Sadosky. Antes de tomarnos examen, nos preguntó por qué dábamos libre la materia. Yo tenía sólo 17 años y Alberto 18. Nuestra respuesta fue: "pues para terminar más rápido". ¡No teníamos otra razón! Dimos un muy buen examen y nos dijo: "Los aprobaré pues han dado un muy buen examen, ¡pero no sé si realmente han aprendido! En esta Facultad no se dan exámenes libres porque sí, para hacer todo más rápido. Acá se viene a estudiar con dedicación y en profundidad, compartiendo las oportunidades de realizar los ejercicios en las clases de problemas. De modo que les pongo sólo 'Aprobado'".

Entendimos el mensaje y quedamos todos muy amigos.

Silvia Braslavsky

Manuel Sadosky (1914 – 2005) ¿Cien años de Manuel?

Lo conocí en 1961 – cuando volví de hacer mi doctorado en los EEUU - en plena época de oro de la Facultad de Ciencias Exactas, cuando la primera computadora en serio que tuvo la Argentina – la célebre Clementina – acababa de llegar al país y en la Facultad se estaba creando la carrera del “computador científico” allá en los albores de la informática. También se había iniciado la “época de oro” en la historia de la facultad y una de las mejores en la del país. En química inorgánica y física, bajo el nunca olvidado Rodolfo Busch.

Más que matemático y Vicedecano, Manuel era un mito, más que una presencia, en la cual dominaba Rolando García, el decano, que era mucho más extrovertido, y estaba más “metido”, en política, en el CONICET (cuyo vicepresidente fue durante muchos años, junto a Houssay). Luego fue la Noche de los Bastones Largos, que no hace falta describir una vez más, salvo citar la descripción de Manuel: "Pegaban bien, pegaban con habilidad, pegaban con ganas" y mencionar la dispersión del grupo de científicos que más habían construido el naciente prestigio de la Facultad. García fue a Suiza, Manuel a Uruguay (más tarde, después de haber tratado de volver, a Venezuela, bajo amenaza de la triple A). Yo, a Chile, con buena parte de mi grupo de investigación, ya que tratábamos de conservar los grupos de investigación lo más enteros – y útiles para los hermanos latinoamericanos.

Cada uno tuvo sus propias aventuras, pero Manuel fue nombrado Secretario de Ciencia y Técnica por Alfonsín en 1963, cargo que tal vez no era exactamente para él, porque le interesaba más la ciencia básica que la tecnología. “La voluptuosidad del Poder” bromeaba porque todas las mañanas un automóvil de la Secretaría venía a buscarlo a su departamento –que, entre otras generosidades, me había prestado durante la enfermedad de mi hija, cuando debimos acompañarla en Buenos Aires, durante su recuperación.

En ese período lo vi varias veces en la Secretaría, y, una vez, en 1987, visitó INVAP, que ya no estaba, entonces, en sus comienzos. Él estaba fascinado, no sólo con lo que veía en Bariloche, sino por el comienzo de la operación del Observatorio astronómico “El Leoncito”. Y nosotros, estábamos fascinados con su entusiasmo y la amplitud de su criterio.

Más adelante, ya en los años ´90, cada vez que iba a Buenos Aires, frecuentaba una serie de reuniones de los miércoles, en su casa, con varios –cuatro o cinco- de nosotros, los viejos, para debatir la situación del país y de qué se había hecho de nosotros. Fue la época en que estuve más cerca de él, y a pesar de los años que pasaban, su entusiasmo seguía siendo igual, y nos repartía impresiones de computadora sobre temas que venían al caso, en una impresora que acababan de regalarle, y que lo entusiasmaba como a un niño.

Manuel fue un sabio: un sabio dulce, de esos que no abundan, aún menos que los sabios a secas. Así lo recordaré siempre.

Tomás Buch

Seis encuentros y un desencuentro con Manuel Sadosky

Tuve la suerte de encontrar a Manuel Sadosky en diversos lugares, oportunidades y situaciones. Pude apreciar entonces su importante actividad académica, su tremenda capacidad para estimular desarrollos institucionales, sus firmes convicciones y su tenacidad para luchar por ellas, cualidades unidas armónicamente a una inolvidable calidez humana. Todo ello, *tutto sommato* diría Manuel, hacía de él un personaje inspirador de un profundo afecto.

Invitado a someter un texto que refleje recuerdos, anécdotas, vivencias, para ser incluido en un volumen conmemorativo de su centenario, he optado por hilvanar cronológicamente, de innumerables recuerdos, los primeros que arbitrariamente se hicieron presentes en mi memoria, a modo de homenaje.

Un carrito de la Costanera, Nuñez, mayo de 1961

Cuando nuestro Instituto¹ aceptó la invitación del Centro de Cálculo y nos envió a Alfredo Gandulfo y a mí para participar como alumnos en el primer curso de AUTOCODE que se dictaba en el entorno de la nueva computadora Mercury, no imaginábamos que el cruce de Punta Carretas a Nuñez nos iba a dar un pequeño espacio en la gran historia de la computación en la República Argentina.

Lo que apreciamos entonces fue el entusiasmo y la convicción con que el Profesor Sadosky abordaba su tarea pionera junto a sus asociados.

Un día nos invitó a Alfredo y a mí a almorzar en un carrito, un verdadero carrito con ruedas, que en esa época aún los había en la Costanera, cercano al edificio donde estaba instalada “Clementina” y pudimos disfrutar de su trato abierto, cordial y generoso, que ahora interpreto que traducía el mutuo aprecio que vinculaba a nuestros maestros de uno y otro lado del Río.

Sala de reuniones del edificio central de la Universidad de la República, Montevideo, diciembre de 1965

El 27 de diciembre de 1965, la Comisión de Tratamiento de la Información de la Universidad de la República, presidida por Rafael Laguardia, presentó el anteproyecto para la creación de un Centro de Computación en la Universidad. Una fotografía aparecida entonces en la prensa muestra a Sadosky a la derecha de Laguardia, acompañándole en la presentación, junto a varios integrantes de la Comisión de Tratamiento de la Información. Sadosky asesoró de cerca a la Comisión para la elaboración de ese proyecto. La afinidad de puntos de vista sobre las políticas universitarias sin duda contribuyó a que Rafael Laguardia y Oscar Maggiolo apreciaran la colaboración de Manuel con los planes de la Universidad de la República, y no es de extrañar que entre esas tres personas tan admirables y queribles se establecieran vínculos de amistad. Muy poco después acontecimientos tan disímiles como la Noche de los Bastones Largos y la asunción de Maggiolo al Rectorado de la Universidad de la República, desde donde gestionó una colaboración más duradera de Manuel como asesor del Centro de Computación ubicado en la Facultad de Ingeniería, contribuyeron a que Sadosky, su esposa Cora Ratto, su hija Corita y su yerno Daniel Goldstein se transformaran en personajes conocidos y

¹ Instituto de Matemática y Estadística de la Facultad de Ingeniería, Universidad de la República, hoy denominado “Prof. Ing. Rafael Laguardia”

afectuosamente apreciados en el ambiente universitario de Montevideo.

El aporte de Manuel para la gestación de nuestro Centro de Computación y para su funcionamiento en sus primeros años de existencia fue enormemente valioso. Cabe acotar que el nombre de “Centro”, que alude a su inserción central universitaria, fue sugerido por Manuel.

Seguramente ese antecedente fue uno de los muchos tenidos en cuenta por el Consejo Directivo Central de la Universidad de la República cuando otorgó a Manuel el Doctorado Honoris Causa el 23 de octubre de 2001.

Maracay, Estado Aragua, Convención de la Asociación Venezolana para el Avance de la Ciencia (ASOVAC), 17 de noviembre de 1978

La intermediación de Sadosky, cuyo vínculo con el matemático alemán Klaus Krickeberg había facilitado su concurrencia al evento, así como tiempo atrás había motivado su visita al Instituto de Matemática y Estadística en Montevideo, facilitó los vínculos para que Klaus nos hiciera una propuesta que poco más de un año después redundaría en la creación en Caracas de la Regional Latinoamericana², filial de la Sociedad Bernoulli para la Estadística Matemática y la Probabilidad, para entonces presidida por Krickeberg. Sin Manuel, esa historia no hubiera tenido lugar, al menos de la manera en que ocurrió.

Manuel había ido a Maracay desde Caracas en mi automóvil. Luego de las conferencias de la mañana, tuvimos una auspiciosa visión, bajo blancas tolderías, en medio de un parque muy verde junto al lugar donde se desarrollaba la Convención, de mesas con deliciosos frutos tropicales y otras *delicatessen*, pero Manuel quiso regresar temprano a Caracas, y no pude verificar si el gusto de las vituallas estaba de acuerdo a lo que prometía su aspecto visual.

San Bernardino, Caracas, cerca del departamento donde vivían Manuel y Cora, aproximadamente 1978

A fines de la década de los setenta y principios de la de los 80, coincidimos en Caracas Manuel y Cora, Corita, Daniel y su hija Cora Sol, y varios amigos comunes, entre ellos Oscar Maggiolo e Isaura Posada, Mario Wschebor y Adela Pellegrino, Jorge Vidart y Raquel Destouet, Rodrigo Arocena y Judith Sutz. También estaban Mischa y Yanni Cotlar, Julián y Amanda Aráoz, Cristina Zoltán, Concepción Ballester. Muchas ocasiones compartidas con los Sadosky, junto a estos y otros amigos, son gratamente recordables.

Recuerdo en particular una vez que Manuel, Cora, mi esposa y yo cenamos en casa de amigos muy cercanos a nosotros cuatro. Los invitados de honor eran los Sadosky, por supuesto. Luego de una larga y animada conversación que se prolongó bastante más allá de la cena, advertimos que los dueños de casa se habían quedado dormidos, y los cuatro abandonamos el lugar de puntillas sin despertarles.

Desencuentro en Barcelona, diciembre de 1980

² Actualmente la Regional, que para 2014 organiza su décimo tercer Congreso Latinoamericano de Probabilidad y Estadística Matemática (CLAPEM) ha adoptado el nombre de SLAPEM

En 1980, Manuel y Cora residían en Barcelona. Mi esposa, mi hija y yo íbamos a estar en España en diciembre de ese año, y acordamos ir a celebrar la Navidad en Barcelona y aprovechar la oportunidad para encontrarles. Cuando les llamamos para ultimar detalles desde Madrid, nos comunicaron que habían cambiado los planes: iban a viajar a los Estados Unidos de Norte América para reunirse con Corita y su familia y pasar con ellos las fiestas.

Poco después nos enteramos con consternación que Cora había muerto³.

Departamento de Sadosky en la calle Paraguay, Buenos Aires, noviembre de 1986

La primera oportunidad en que me reuní con Manuel después de la muerte de Cora fue aprovechando una breve estancia en Buenos Aires a fines de 1986, poco después de mi retorno a residir en Montevideo luego de varios años en Caracas. Pocos días después de la asunción de Raúl Alfonsín a la Presidencia de la República Argentina había pasado unos días en Buenos Aires, pero no tuve entonces la oportunidad de verle. Tuve, sí, la alegría de saber que su capacidad y su entusiasmo estaban siendo aprovechados en el ejercicio de la titularidad de la Secretaría de Ciencia y Técnica.

Un día de noviembre de 1986 le visité en su residencia. Le encontré envejecido. Es probable que hayamos mencionado a Cora, y es seguro que, de manera al menos implícita, su recuerdo estuvo presente durante toda la conversación. De pronto, Manuel interrumpió abruptamente lo que estaba diciendo y, con una mirada húmeda y la voz quebrada, dijo en voz baja "...los muertos..."

Nos abrazamos y no recuerdo que nuestra reunión se haya prolongado.

Pocos años después, a instancias de Manuel integré por un breve período el Consejo de Administración de la Fundación Informática (1989-1990). Eso motivó que volviéramos a comunicarnos. Tuve la impresión de que estaba tanto o más activo que muchos años atrás.

Paraninfo de la Universidad de la República, Montevideo, 1991

Le vi, pero brevemente en ocasión de serle entregado el Doctorado Honoris Causa a José Luis Massera en 1991, jovial y rejuvenecido. Era el mismo Manuel que había conocido treinta años antes. Lamentablemente me fue imposible concurrir y acompañarle cuando él mismo recibió ese título el 6 de diciembre de 2001.

Enrique M. Cabaña
Atlántida, Uruguay, 28 de enero de 2014.

³ En Barcelona, el 2 de enero de 1981

Anécdotas de MS

Anécdota 1

Manuel era un científico revolucionario pero al mismo tiempo un “curador” del conocimiento. Siempre atento a las novedades pero sin dejarse encandilar demasiado y buscando siempre sus pertenencias a hilos inteligentes del pasado. En uno de mis primeros contactos con él le comenté mi entusiasmo por la potencialidad de los algoritmos recursivos. Me animó a seguir en la senda pero me remitió a trabajos similares del pasado remoto y reciente, entre ellos a los de D’ Arcy Thompson en su obra “El Crecimiento y la Forma”. Hoy a más de cuatro décadas me atrevo a decir que ese trabajo sigue siendo de punta dentro de las áreas de inteligencia artificial, fractales, robótica y auto aprendizaje. Otra experiencia dentro de ésta misma línea ocurrió cuando a mí y al matemático español Ernesto García Camarero, que estábamos tratando de procesar matrices de alto orden, el “Big Data” de esa época, nos remitió a varios ensayos visionarios del genial matemático y para muchos el padre de la computadora, John Von Neumann, de quien hoy, a la misma distancia, tenemos mucho que aprender.

Anécdota 2

Tuve la oportunidad y honor de realizar importantes trabajos bajo la dirección “espiritual” de Manuel y digo espiritual con intención plena además de la específicamente técnica y/o científica. Manuel era sobre todo una persona sabia y mal que le pese -si estuviera vivo seguramente me contradeciría- una persona “santa”. Sí, un santo moderno, no religioso: un materialista muy particular, abierto, magnánimo y altruista buscando siempre hacer aflorar lo mejor de los demás ante las más difíciles situaciones. Lo de “santo” no es realmente mío sino una semblanza suya hecha por Rebeca Guber en una reunión de trabajo en ACT, Asesores Científico Técnicos que me tocó de lleno. Manuel sostenía que él era ateo pero pese a la aparente contradicción yo estaba y sigo estando convencido que Manuel era un santo.

Anécdota 3

Manuel tenía muchísimos amigos, alumnos, discípulos, y seguidores. Uno de sus más fieles seguidores era desde muy niño: David Vergara. David es una persona muy inteligente, de una formación extracurricular de primer nivel y “genéticamente” políglota. David debe conocer a la fecha no menos de una docena de lenguas y al respecto recuerdo una charla que mantuvimos con Manuel en su casa. Manuel nos decía que solo dominaba el castellano sosteniendo que el dominio de una lengua es fundamental y mucho más útil que chapurrear diez (manejaba muy bien el francés, algo el inglés, el italiano y el alemán). Afirmaba que el crecer, por ejemplo duplicando, de un vocabulario de 3.000 a uno de 6.000 y así siguiendo hasta uno de 48.000 términos implicaría algo así como crecer intelectualmente una, dos, tres, cuatro, cinco veces. Manuel dominaba nuestra lengua a un nivel de más de 50.000 términos.

Juan Chamero

Tuve el privilegio de ser amiga y vecina de Manuel Sadosky y trabajé en la Secretaría de Ciencia y Técnica cuando Manuel era Secretario, durante la Presidencia de Raúl Alfonsín. Quiero contar aquí una anécdota de esa época que pone de relieve dos cualidades de Manuel, la originalidad y la modestia, esta última no muy común en personas de su valor.

Durante la presidencia de Alfonsín hubo un acto en Chascomús con motivo de la inauguración del Instituto Tecnológico de Chascomús (INTECH). Yo no pude asistir pero fue mi marido, Abraham Jelin. En el acto de apertura hablaron: Alfonsín con su vehemente proyección hacia el futuro venturoso y democrático del país, César Milstein con su conocida, seria, detallada y escrupulosa descripción de lo que el país debería hacer para no perder (más todavía) su inserción en el devenir científico del mundo. Mientras, Abraham observaba que Manuel encontró un papel y de vez en cuando escribía algo aprovechando los intervalos de los aplausos.

A continuación fue el discurso de Sadosky. A la vuelta de Chascomús Abraham me comentó el discurso. Durante los primeros momentos se sorprendió un poco por lo inusual del mismo, pero no, nada de eso. Manuel habló sobre Chascomús, su historia, sus habitantes originales, su significado durante la colonia, sus peces! Comentó estudios japoneses recientes sobre su potencial...y sobre el nombre japonés del pejerrey: "pejerrey". ¡Qué lindo, qué refrescante, original y oportuno que fue! Inolvidable.

Poco tiempo después, en una cena en casa, le pedimos una copia del discurso. Nos respondió: ¿Esta charla? ¿Realmente les interesa? Voy a buscar las notas pero creo que quedaron tiradas sobre la mesa en Chascomús. Me parece que esta respuesta no necesita de más comentarios.

Norah V. Cohan

Corría el año 1955. Producida ya la caída del gobierno de Perón, comenzaron a generarse importantes cambios en la Universidad, la mayoría de ellos promovidos por los estudiantes. En los últimos tres meses de ese año, quedaban pocos profesores que ocuparan las entonces existentes “cátedras” en la Facultad, que luego se estructuró por departamentos. Muchos se fueron expulsados por los propios estudiantes, con absoluta independencia de cualquier partido político y un grupo nuevo de docentes aparecía como un soplo renovador de aires en la Facultad. Entre ellos estaban Sadosky, Varsasky, (ambos en Matemáticas) Klimovsky, (Lógica), González Bonorino (Geología), y otros. Con Manuel tuvimos un diálogo fácil, y enriquecedor, y él nos ofreció dar un curso de Tópicos en Matemáticas especiales a estudiantes avanzados o que promediaban la carrera de Química. Naturalmente aceptamos y Manuel fue entonces toda una revelación como profesor. Nos encontramos ante un maestro, con un dominio sobre los temas, realmente asombroso, y una capacidad docente para nosotros jamás vista hasta entonces. Los puntos más intrincados de la materia eran expuestos con una claridad sin par; Manuel, a su vez, tenía un entusiasmo por el conocimiento fuertemente contagioso.

Fue esa una experiencia única, y es eso lo que esta nota quiere resaltar, Manuel fue un gran pedagogo para quien guardamos un permanente afecto y agradecimiento, por su sabiduría y maestro sin par.

Fortunato Danon

Una experiencia con el Dr. Manuel Sadosky

Resulta difícil poder decidir cuál ha sido la experiencia más significativa que he compartido con un verdadero Maestro como lo fue el Dr. Sadosky. Todas han sido fuentes invaluable de aprendizaje, no solo de matemáticas sino de comportamiento de vida, de honestidad en su más amplio sentido, de amplitud de criterio, de respeto a las libertades.

Pero quizá la que relataré aquí es una que vincula a dos de los grandes hombres que son historia en la matemática argentina y mundial: Manolo (como lo llamábamos cariñosamente al Dr. Sadosky) y el Dr. Rey Pastor. Y ella ocurrió conjuntamente con la iniciación de una de las etapas más impactantes del desarrollo del conocimiento humano: la puesta en órbita del primer satélite artificial que desancaden las expediciones espaciales.

El mundo se conmovió cuando la Unión Soviética hizo el lanzamiento exitoso del Sputnik 1, a fines del año 1957. Recuerdo, como si hubiera sucedido ayer, que cuando asistimos a la clase de Análisis III en el entonces nuevo edificio de la Facultad de Ingeniería en Paseo Colon, el Dr. Sadosky nos hizo reflexionar sobre la importancia de este hecho ya que el poner en órbita un satélite artificial creado por el hombre, fue la primer experiencia que la humanidad había realizado para comprobar las leyes de Kepler enunciadas a fines del siglo XVI.

En esta época, cuando tan sólo habían transcurrido 83 años desde la revolución iniciada por Georg Cantor con su teoría de conjuntos y los números transfinitos (en los cuales también Manolo me introdujo) y la crisis que se generó en los cimientos de la matemática cuando Russell planteó sus paradojas, ocurrió esta anécdota que relataré. Teníamos una reunión de catedra y el Dr. Sadosky me llamo y me dijo (fue hace 56 años, lapso similar al que había pasado desde los trabajos de Cantor y todas las historias de los alef):

-Di Tada yo tengo que viajar a Europa a un congreso y quiero que usted me reemplace en las teóricas de análisis III. El tema serán las aplicaciones de cálculo combinatorial a la física atómica.

Entonces respondí

-Y qué sería lo que tengo que dar

El rápidamente respondió

-El cálculo de distribuciones de Bose Eistein y Fermi Dirac por ejemplo

Entonces vinieron a mi memoria el recuerdo de otras ocasiones en que Manolo tuvo que viajar y fueron reemplazados por adjuntos o jefes de trabajos prácticos y la deserción y casi huida de los alumnos al ver que el titular no venía. Yo replique

-Soy un ayudante alumno ad honorem y usted tiene en la cátedra (no nos tuteábamos en esa época) Ingenieros, Licenciados en Matemática que están en mejores condiciones que yo para reemplazarlo. ¿Porque no les pide a ellos?

Él me respondió

-No. Quiero que sea usted, ¿acepta o no?

Y con esa inconciencia de mis pocos veinte años dije que sí.

Comenzó así mi peregrinación. Fui a ver a Cora, su esposa, en el departamento en el que vivían en la Calle Paraguay para pedir ayuda. En aquella época Internet no había nacido aún y la búsqueda de documentación era una tarea ímproba. Pero finalmente conseguí el material con el que estudiar y aprender eso que tenía que enseñar. Faltaba un mes para mi debut como profesor. Tenía tiempo. Pero como en la teoría de la relatividad el tiempo se contrae cuando uno vive momentos de gran ansiedad. Y más rápido de lo que deseaba llegó la semana de lo que yo creía sería mi sacrificio. Venían a mi memoria las escenas de los alumnos huyendo de la clase cuando se enteraban que el titular no venía. Algunos porque iban a las teóricas tan solo para hacer preguntas cuya respuesta ya habían estudiado y, de esa manera, hacerse conocer por quien los calificaría en el examen. Otros, porque pensaban con razón que nadie podría reemplazar una figura de la magnitud como la del doctor Sadosky.

Ya con el terror que me carcomía, decidí ir a ver al jefe de departamento de matemáticas de la Facultad de Ingeniería. Era, a la sazón, otro de los grandes de la matemática: el doctor Rey Pastor. El me recibió (para mí era como haber llegado al paraíso y sentarme frente a Dios) y me escuchó cuando le decía:

- Doctor tengo un terror terrible de enfrentarme a la clase. No sé qué hacer. Deme un consejo.

Y con su inolvidable y agradable acento me respondió

-Amigo, una clase sobre un tema que uno sabe cualquiera lo hace. Sobre lo que uno no sabe solo los muy inteligentes lo pueden hacer.

Y ese fue todo el consejo que me dio. Posteriormente aprendí que tenía razón y que más que la inteligencia se requiere oficio. Como en el teatro cuando uno olvida un parlamento y tiene que inventar. Sólo los muy avezados salen airoso de esas circunstancias.

Y llegó el día. Y entré a clase. No vi nada. Recordaba mi experiencia cuando era comparsa en el Colón. Las candilejas no me dejaban ver al público cuando como pueblo entraba a escena a la llegada de Radamés. Pero la aventura no fue tan cruel y no me enterraron vivo como al pobre general egipcio. En el recreo parte de mis espectadores me abandonaron. Pero la mayoría se quedó. Y así pasaron esas tres clases en las que yo hablaba de las distribuciones en la física

atómica, de los spines y de otras cosas más. Manolo ni le dio importancia a mi experiencia o, al menos, no quiso manifestarme su ansiedad. Ese fue mi bautismo de fuego en este duro oficio de transmitir conocimiento y experiencias de vida similar al del artista que transmite emociones en el teatro. Gracias Manolo, gracias porque esta experiencia que hoy rememoro fortaleció mi confianza en mí mismo. Fue otro de los logros de este invaluable maestro argentino que cumpliría ahora cien años y que aún vive y vivirá en las enseñanzas que nos ha dejado.

Esteban di Tada

Manuel Sadovsky maestro, contado por Manuel Sadosky

- *Y si hoy empezara de nuevo ¿qué elegiría?*
- *La docencia, sin lugar a dudas... La elegiría porque es mi vocación.*¹

Para alguien que siempre se sintió maestro, todas las ocasiones son buenas para dar una clase. Esta será desde los recuerdos del propio Manuel, quien en las largas charlas que mantuvimos², siempre destacó sus aprendizajes, las marcas que en él dejaron los enseñantes, los ejemplos de sus discípulos.

Cuando describía su tránsito por el sistema educativo, reivindicaba cada momento de la escuela de su vida, develaba trazas indelebles, valoraba con sensatez, como los sabios *“en el sentido más extenso del término: el sabio de la tribu que toda sociedad, y más la nuestra, necesita”*³.

Para su padre zapatero y también para su madre, venidos de Ekaterina – Slav, estaba presente la idea de que *“nos salvaría la educación”*. Y tuvo suerte. Nació Moreno y Urquiza *“y a pocos metros está la escuela (...) y cancha de fútbol, así que cumplía todo para mí, no sólo era el objeto de estudio, sino que podíamos jugar al fútbol, incluso en los días que no había clase porque éramos amigos de los hijos del director (...) Alberto Fesquet fue mi maestro de 6º grado. Teníamos dos, uno de Ciencias y otro de Humanidades. Cuando me encontré con Fesquet, (...) me despertó un interés extraordinario por la enseñanza activa que él practicaba. (...) creí que iba a estudiar Ciencias Naturales. Yo no dudaba. Tenía una verdadera vocación por enseñar”*. Esa escuela, la *“anterior a 1930 era una escuela ilustrada, alegre, democrática. La Ley de Educación Común, la inmigración y el positivismo estaban en su pulso cultural. En la mía enseñaban profesores como (...) José Luis Romero y Jorge Romero Brest (...) Allí se nombraba frecuentemente a Sarmiento, a Ameghino”*.

Otras veces se centraba en la Universidad y en su interés académico y por la política. *“Se discutía con portavoces como Félix Cernuschi, Augusto Durelli y Adolfo Dorfman las medidas del gobierno nacional que anularon los avances de la Reforma Universitaria, el totalitarismo en Europa, la esperanza socialista. Estos años deciden la conducta cívica para toda la vida”*. También destacaba cómo aquellos, sus maestros orientaron su amor por la matemática, que llegó de la mano de Julio Rey Pastor y Alberto Domínguez. La gestión universitaria también fue escuela. *“Para mi generación y la siguiente, el momento de oro fue el de la Universidad democrática que comenzó en 1956. En la Asamblea Universitaria nos dimos un estatuto ejemplar. El llamado estatuto de Risieri Frondizi, el estatuto de la autonomía (...) La traumática intervención de 1966, prólogo de la decadencia histórica del país, terminó con el milagro”*.

¹ Sadosky, Manuel; ; testimonio oral; 20 de agosto de 1991

² Testimonios editados a partir de entrevistas realizadas entre 1991 y 1993

³ Poblet, Paco; Presentación; en Diamant, A y col; Testimonios para la experiencia de enseñar: Manuel Sadosky; Secretaría de Cultura y Bienestar Universitario; Facultad de psicología; UBA; Buenos Aires; 1994

En esas memorables charlas con el maestro, se suceden muchos años vividos, premios obtenidos, cargos desempeñados, proyectos concretados, innovaciones introducidas en la enseñanza y en la tecnología, trabajos publicados, el compromiso con la vida universitaria, la política científica... todas esas actuaciones le fueron propias, en todas enseñó, de todas aprendió.

Ana Diamant

Manuel me impidió ser el primer “hacker destructivo” de la historia de la computación (pues uno de los primeros “hackers investigativo” ya lo era).

Cuando estábamos esperando la intervención, le propuse sabotear el polinomio de Chebichev que en los dos compiladores –el de AUTOCODE y el de COMIC– calculaba el seno (lo cual afectaría también a las demás funciones trigonométricas). Cada vez que la cinta con el compilador fuese introducida en la computadora unas instrucciones agregadas a las normales le sumarían 1 en el último lugar de la mantisa binaria del primer coeficiente del polinomio. Al introducirse nuevamente la misma cinta se volvería a efectuar esa operación, pues el cambio no había quedado registrado. Pero las cintas, introducidas muchas veces en la máquina, se desgastaban, y el operador sabía cómo ordenar la perforación de una nueva cinta, con lo cual el cambio efectuado en el coeficiente quedaba registrado en la misma. Al emplearse dicha cinta para cargar el compilador, se volvería a efectuar la misma suma, repitiéndose nuevamente este proceso cada vez que se cambiara la cinta. El tiempo que se tardara hasta que algún usuario notara un seno mayor que 1 no era predecible pero era largo. Manuel tenía razón en rechazar mi saboteo. El número de usuarios de la computadora que no pertenecían a nuestra Facultad y ni siquiera a nuestra Universidad era muy grande y mi egoísta intervención produciría un caos impredecible.

Wilfred Duran

Carta a Manuel

Querido Manuel,

Sé perfectamente que para ateos como usted y yo esta carta no es seria, es una incoherencia; pero me siento en la necesidad de escribir imaginándolo como interlocutor. Un interlocutor riguroso, con un razonamiento estricto, sin contemplaciones pero empeñado en enseñar y no en hacer alarde de sus conocimientos.

¡Un Maestro!

Hace ya diez años que no nos vemos y extraño su claridad y coherencia.

Extraño esas reuniones compartidas en la FIUBA antes del 76; o después del 85 en alguna de las tantas comisiones de C&T en las que usted era un invitado de lujo y yo era invitado por su insistencia. Extraño cuando después de cada reunión yo manejaba hacia su casa y usted aprovechaba el viaje para contarme anécdotas que yo valoraba por el conocimiento que derramaban. Extraño esos días en los que usted me invitaba a tomar un café para intentar mejorar mi visión en algún tema que lo preocupaba.

Muchas cosas pasaron en estos diez años y para analizarlas quiero pensarlo sentado en su sillón, escuchando mis razones; quiero imaginar que no puedo ser impreciso ni liviano en mis razonamientos porque usted lo detectaría inmediatamente... y respetuosamente pero sin ninguna condescendencia me lo haría notar.

Muchos que como usted nos educamos leyendo a los clásicos del marxismo-leninismo (el famoso socialismo científico) y que fuimos y somos personas de izquierda, hemos descubierto en estos últimos diez años en América Latina, y en particular en nuestro país, lo que tal vez hace años, hubiésemos llamado con soberbia el “populismo acientífico”, pero que está transformando y para bien la realidad de nuestras sociedades.

Para empezar, ¿se acuerda del día que cumplió 90 años?, ese día los militantes, los estudiantes, argentinos no encuadrados y los organismos de derechos humanos, encabezados por el Presidente, recuperaron la ESMA. Unos días después celebramos el acontecimiento mientras tomábamos café en su casa. Finalmente la Verdad y la Justicia empezaban a consolidarse firmemente en la Argentina; y todo comenzó durante el gobierno del que usted formó parte.

Hemos visto en esta década, en nuestro país, que la inclusión y el crecimiento, fuertemente interdependientes, se convirtieron en norte de las políticas públicas.

Hemos visto en esta década, en nuestro país, que la educación pública ha crecido y se ha fortalecido (excepto en nuestra querida ciudad de Buenos Aires).

Hemos visto en esta década, en nuestro país, que la ciencia y el desarrollo tecnológico además de ser palabras que siempre suenan bien a los oídos de los “bien pensantes” se han

convertido en políticas públicas serias (usted Manuel marcó el rumbo con el Instituto de Cálculo de Exactas)

Hemos visto en esta década, en nuestro país, que el espacio democrático se ha ensanchado enormemente incluyendo a minorías y extranjeros (a diferencia del llamado “primer mundo” que crecientemente hace de la discriminación su ideario político)

Hemos visto en esta década, en nuestro país, que ya no es inevitable ser presos del dueño de un multimedios y que más voces tendrán su lugar en radios y televisores para ampliar así el espacio democrático.

Hemos visto en esta década, en nuestro país, que la inclusión, el crecimiento, el fortalecimiento de la educación pública, la elevación a un papel protagónico en las políticas públicas de la C&T y la ampliación del espacio democrático han sido posibles porque el Estado ha recobrado su rol conductor en nuestra sociedad.

Finalmente nos hemos convencido que agrandar el estado es agrandar la nación.

Yo, por mi parte, estoy seguro que esta década fue una verdadera “década ganada”.

Todo esto se lo cuento Manuel porque este “populismo criollo” nunca antes formó parte de nuestras bases políticas y hoy tenemos que desprendernos de prejuicios para ver la realidad y acompañar la construcción de un país más equitativo.

En un cuento de Rodó, el maestro Georgias está por beber la cicuta a la que ha sido condenado, y uno de sus discípulos propone un último brindis,

... por quien desde el primer sol que nos ha de ver, nos dé la verdad, la luz, el camino; por quien desvanezca las dudas que dejas en la sombra; por quien ponga el pie adelante de tu última huella, y la frente aún más en lo claro y espacioso que tú; por tus discípulos, si alcanzamos a tanto, o alguno de nosotros, o un ajeno mentor que nos seduzca con libro, plática o ejemplo. Y si mostrarnos el error que hayas mezclado a la verdad, si hacer sonar en falso una palabra tuya, si ver donde no viste, hemos de entender que sea vencerte:

Maestro, ¡por quien te venza, con honor, en nosotros!

-¡Por ese! -dijo Gorgias; y mantenida en alto la copa, sintiendo ya el verdugo que venía, mientras una claridad augusta amanecía en su semblante repitió-: ¡Por quien me venza con honor en vosotros!

Querido Manuel, querido Maestro, nuevas situaciones hemos vivido desde su partida, queremos pensar que seguimos siendo fieles a su legado de siempre marchar con el pueblo en la dirección del progreso.

Eduardo N. Dvorkin

RECORDANDO A DON MANUEL SADOSKY

Lo conocí a don Manuel en la buena época de la Facultad de Ciencias, que funcionaba entre Perú y Nuñez. La única forma de acceder a Nuñez era en tren, bajarse en Parada Balneario y regresar antes de las 18 en que pasaba el último servicio. Los “carritos” de la Costanera (que aún no llegaba hasta allí) eran los lugares para almorzar, junto a los obreros que estaban terminando el edificio.

La noticia de su existencia se la debo a Antonio Monteiro, quién nos inició en los menesteres de la matemática después de su arribo a Bahía Blanca, junto a Oscar Varsavsky.

Siendo aún alumno yo debía viajar periódicamente a la imprenta López, para la edición del libro de R. Ricabarra sobre Conjuntos Ordenados y Ramificados, la primera publicación del Instituto de Matemática de la UNS. Al mismo tiempo, hacía de correo con alguna carta de Monteiro para Sadosky, sobre todo preguntándole sobre la posibilidad de conseguir profesores para la Licenciatura recién inaugurada. También coincidían en sus ideas sobre la Informática, que era una incógnita en esos momentos. De este modo don Manuel estuvo ligado al desarrollo de la matemática en la UNS y en particular a la mía.

En el 61' y 62' estuve en la UBA siguiendo los seminarios de Mischa Cotlar y Alberto Calderón, de los que además participaba también su hija Corita, de modo que a diario no encontrábamos en algún momento con él, y sistemáticamente nos preguntaba cómo estábamos, si necesitábamos algo, siempre preocupado por el bienestar de los becarios, que éramos varios, y todos tratados con igual deferencia. Incluso nos invitó más de una vez a su casa a conversar “con agenda abierta”. Es necesario aquí recordar también a Cora, su esposa, quién rivalizaba con don Manuel para hacernos más placenteros los estudios y nos aconsejaba sobre algunas cosas para ver en Buenos Aires, como teatro y exposiciones, de las que en Bahía, por ejemplo, eran inexistentes en esos momentos. Sospecho ahora que nuestro aire pampeano era determinante para sugerirnos estas actividades. En mi caso el éxito fue parcial, ya que todos los domingos posibles, asistía como un ritual a la Bombonera. Eran otros tiempos, en que se podían ver los partidos sin altas posibilidades de acabar no “simplemente conexo” y además se jugaba solamente los domingos.

En el 61', creamos el Centro de Graduados de la UNS, y entre las actividades de extensión, la primera fue invitar a don Manuel a dar una charla sobre el desarrollo de la ciencia en el país y mantuvo una larga reunión con “gente joven y recuperable”, como nos pidió. También “le prestó” a García Camarero a la UNS para preparar gente para el proyecto de construcción de un computador científico, que se estaba desarrollando en esos momentos.

Como se ve, era estrecha la relación entre don Manuel y la UNS, a través del creciente acercamiento de amistad e intereses comunes con don Antonio (Monteiro), que fue muy fructífero para el desarrollo de la matemática en nuestra universidad. Inclusive en la gestión de muchos de los profesores contratados en la UBA para dar conferencias, ente ellas, la de

Jean Dieudonné, a quién Monteiro había conocido en París durante sus estudios del doctorado.

A principios de 1963 llegó a la UBA un anuncio de la UNESCO, que organizaba un curso de Probabilidades y Estadística para interesados en el tema de los países “en desarrollo”. Sadosky le envió a Monteiro el aviso. Trataba, fiel a sus ideas, de socializar las oportunidades para la gente del interior, ya que en esos momentos Buenos Aires acaparaba casi todo el saber matemático del país. Se dictaba a partir de Octubre de ese año en la Academia Húngara de Ciencias. Envié la petición y fui aceptado. Fueron quince los participantes y de Argentina se aceptaron cinco solicitudes. Don Manuel tuvo que ver en el padrinazgo. En esos momentos dirigía el Instituto de Matemática de la Academia Alfred Rényi, uno de los matemáticos húngaros más prestigioso, prematuramente fallecido. Al regreso, luego de un año en Budapest, recuerdo que debí presentar un “informe oral” bastante extenso sobre la vida en Hungría en esos momentos. El interrogatorio fue a fondo, ya que se tenía en esos tiempos poca información sobre los avances científicos “detrás de la cortina”, pero era casi nulo el conocimiento sobre los avatares diarios a los que estaban sometidos sus habitantes. El haber podido participar en este curso, por sus enseñanzas y proyección es una de las cosas que le debo agradecer a don Manuel.

Luego de la mencionada charla, y debido a otro viaje al exterior, volví a encontrarme con don Manuel esporádicamente, hasta octubre de 1973, en que siendo Director del Departamento de Matemática de la UNS contratamos a Corita, (que con el tiempo fue una matemática destacada en los Estados Unidos, y de la que guardo el grato recuerdo de compañera de estudios, a quiénes Calderón nos hizo sufrir con su método complejo de interpolación de operadores, todavía no publicado, y que fue objeto de su seminario). Corita dictó un curso sobre Análisis Armónico. En esos momentos queríamos incorporar profesores calificados a nuestro departamento y don Manuel nos aconsejaba, aunque los tiempos fueron empeorando, y llegado octubre del 74', al ser amenazado por la Triple A, viajé a Buenos Aires, para partir a Venezuela. Viajamos en el mismo avión con Corita y Mischa, quien no hacía mucho tiempo había regresado precisamente de Venezuela. Ellos permanecieron en Caracas y yo me trasladé a Mérida. Poco después llegaron Cora y Manuel y, en algunos de los múltiples viajes que debimos hacer para resolver el problema de la residencia a la capital, nos albergaron en su casa. Guardo por ello una deuda de gratitud, cuando en los primeros momentos de exilio los petrodólares eran todavía escasos.

Después del regreso al país, continuó con su labor desde la Secretaría de Ciencia y Tecnología, bajo el gobierno de Alfonsín. A mediados del 86, fui admitido nuevamente en mi universidad, lo que no fue fácil. Así volvimos a relacionarnos con don Manuel que fue invitado a dirigirse a los graduados en la primera colación de 1987. Más tarde, como organizador de la XXXVII reunión anual de la UMA de ese año, conjuntamente con la X reunión anual de Educación Matemática, invitamos a don Manuel a dar la conferencia inaugural. Allí habló ante más de 800 asistentes subrayando “la importancia que había

adquirido la matemática en el mundo contemporáneo y en particular el desarrollo alcanzado en la Universidad Nacional del Sur, a través de la labor desplegada por el Instituto de Matemática. Ello se debió a la política de contratación de profesores visitantes extranjeros, que ampliaron enormemente el horizonte matemático argentino”.

Casi de inmediato fui elegido Secretario de la Asociación de Docentes de la UNS, y nos incorporamos a la única CONADU existente entonces. Debía viajar casi semanalmente a Buenos Aires a las reuniones y congresos. Siempre lo saludaba por teléfono, pero me pedía que fuera a charlar un rato y le contara como andaban las tratativas con el gobierno, ya que estábamos bastante enfrentados con la política que llevaba adelante la cartera educativa. Discutimos mucho, aunque siempre con el respeto que me mereció y el que mantengo considerándolo como una de las grandes figuras que dio el país en el ámbito educativo en todos los niveles. Probablemente tenía razón en cuanto había que alcanzar primero una estabilidad institucional aceptable antes de tratar de implementar políticas académicas y de desarrollo que el proceso genocida había retrasado en todos los niveles, de los que no podía seguramente haber salido indemne la educación. Nosotros, éramos más impacientes.

Vayan estas pocas palabras para recordar a un docente, a un profesor, a un científico, pero sobre todo a un hombre cabal que supo estar a tono con su tiempo y a quien el país le debe seguramente un nuevo homenaje, continuación de aquél que se realizó en sus 80', para mantener en vigencia, frente a las nuevas generaciones de científicos e investigadores, su ejemplo de lucha y compromiso con la matemática, sus cultores, y con la ciencia en todos sus aspectos, ya que ninguna de sus variantes le fue ajena.

Edgardo L. Fernández Stacco
Bahía Blanca, diciembre de 2013.

Algunos RECUERDOS de MANUEL SADOSKY

Tuve la suerte de compartir muchos momentos en mis casi cincuenta años de relación con nuestro querido Maestro Manuel Sadosky.

Desde que lo conocí, durante aquella primera clase, en el Aula Magna repleta en el viejo edificio de la calle Perú, cuando con tanta claridad y sencillez nos introducía en los primeros conceptos del Análisis Matemático.

La entrevista que nos hizo para ingresar al Instituto de Cálculo, junto con Clarisa Cortés y Cristina Zoltan.

La reunión que tuvimos en la casa de Paulero cuando nos reunimos casi todos los integrantes del Instituto de Cálculo y el apareció con una tremenda herida en su cabeza que le hicieron con los bastones largos los esbirros de la dictadura de Onganía cuando entraron al edificio de Perú; fue cuando redactamos nuestras renuncias a la Facultad, con bronca y con tristeza...

Fueron muchos los momentos que compartimos con Manuel Sadosky; que, tal como decía una amiga de Katún: *Olga (mi mujer) era el bastón de Manuel y yo los ojos de Katún...*

Aquella fría madrugada del 18 de junio de 2005 me despertó un llamado de parte de Katún avisándome que Manuel se había descompuesto, me vestí rápidamente tomé mi coche y fui a su casa de la calle Paraguay, cuando llegué me dijeron que lo habían llevado a un sanatorio por el barrio de Flores. Me quede desconcertado, porque habiendo tantos sanatorios por la zona de su casa lo habían llevado tan lejos.

Cuando llegué, estaba Katún en la sala de espera acompañada por una amiga, me asomé a la sala de emergencias donde una médica hacía todos los esfuerzos por reanimarlo me quedé allí con la esperanza de que así ocurriera, hasta que en un momento me dijo que ya no podía hacer más nada... él con sus ojos fijos que tantas veces nos había mirado ya sea explicándonos algún concepto, contándonos alguna anécdota o interrogándonos durante una clase o en un examen... nos había dejado.

Juan Carlos Fränkel

Recuerdos de Manuel Sadosky

Por Roberto Frenkel

Conocí a Sadosky (en esa época no me hubiera animado a llamarlo Manuel) como profesor de Álgebra, cuando tenía 18 años y cursaba las materias del primer año de Matemáticas en Exactas. Fue un cuatrimestre turbulento, porque pasé un mes preso en Caseros a disposición del Poder Ejecutivo por manifestar contra la invasión de Bahía de Cochinos. Me fui a rendir el final después de pasar la noche estudiando (ayudado por Ritalina). Había hecho buena parte del escrito cuando me invadió un irresistible deseo de irme (probablemente por efecto residual de la Ritalina, quiero creer). Y lo hice, dejando el escrito incompleto abandonado sobre el pupitre. Recalé en la casa de mi novia, donde fui llamado en la tarde por teléfono desde de mi casa diciéndome que la Facultad me estaba buscando (¡qué Facultad era Exactas en esa época!). Volví. Tenía bien los parciales y lo que había contestado del escrito (que yo no había entregado formalmente) estaba bien. Un profesor asistente me tomó un breve oral y fue a preguntar a Sadosky qué nota me ponían. Suponían que yo no escuchaba, pero escuché: “ponele Distinguido y decile que no sea boludo”. Me calentó el corazón.

Tiempo después tuve la suerte de trabajar cerca de Manuel como asistente del equipo de modelos matemáticos que dirigía Oscar Varsavsky en el Instituto del Cálculo. Ahí aprendí a quererlo y a llamarlo Manuel. Cuando renunciamos después de la Noche de los Bastones largos, Manuel y Rebeca Guber me tiraron un cable invitándome a trabajar en Asesores Científico Técnicos. Hicimos un estudio del mercado potencial de embragues usados reparados que anduvo bien. A fin de 1966 me fui a Venezuela, a trabajar con Varsavsky en la Universidad Central. Dejé de ver a Manuel por mucho tiempo, hasta que nos encontramos nuevamente en el gobierno de Alfonsín.

De Manuel (y también de Guber, Varsavsky, Babini y otros grandes que conocí recién salido del barrio) aprendí la honestidad a toda costa y también el cientificismo: esa idea de búsqueda de la verdad con todo el rigor que nos da el cuero. ¡Gracias Manuel, Maestro!

Manuel, durante mi primerísima infancia fue mi abuelo, o así lo consideraba yo, ya que durante esos años, mi abuela (su hermana) vivía con él. Así que cuando íbamos a verlos, me explicaban vamos a visitar a los abuelitos, por lo cual hacía una pila de dibujos de igual cantidad y con la misma dedicación para cada uno.

Cuando lo recuerdo me vienen flashes visuales, instantáneas de una serie de detalles inconfundibles de Manuel: su boina, su elegante sport acompañado de unas cómodas zapatillas negras, en una época sus grandes anteojos, a lo último su paso pausado con la ayuda del bastón, pero sin dudas la característica que más recuerdo son sus celestísimos y vivaces ojos, como los de un nene de no más de 10 años, siempre curioso y atento de lo que uno le pudiera contar.

Alguien que de chico uno sentía como una “persona importante” pero que poseía la calidez y humildad de los grandes.

Clarisa Gamboa Benaglia

Tata

Nací en Buenos Aires en 1971. En 1974, mi mamá, Cora Sadosky, mi papá, Daniel J. Goldstein, y yo partimos al exilio en Caracas, Venezuela. Poco después, mis abuelos maternos, Cora Ratto de Sadosky (Lala) y Manuel Sadosky (Tata), se reunieron con nosotros en Caracas.

Los primeros años de la vida en Caracas fueron difíciles, nuestro departamento era una especie de clearing house para exilados argentinos recién llegados que escapaban de las garras de la AAA y de los servicios de seguridad del gobierno militar.

La presencia de Lala y Tata en Caracas fue esencial para mí durante ese periodo. Luego Lala y Tata emigraron a Barcelona, España, y los visitaba en el verano. Nosotros dejamos Venezuela en 1980, y nos radicamos en Washington, D.C.

Durante el último año del gobierno militar, Tata y yo viajamos a Buenos Aires. Fue una gran aventura, y ambos gozamos de la hospitalidad y del afecto de tantos amigos. Festejamos juntos lo que suponíamos sería el comienzo de una gran aventura de recuperación cívica argentina. En 1984 mamá, papá, y yo fuimos a la Argentina para presenciar la asunción de Tata como Secretario de Estado de Ciencia y Técnica en el gabinete del Dr. Raúl Alfonsín. En 1985, los tres viajamos a Buenos Aires, donde pasamos un año. Mamá y papá eran profesores invitados de la Universidad de Buenos Aires, y yo terminé mi escuela primaria y comencé mi escuela secundaria. Durante ese año veíamos a Tata a menudo, aunque él estaba muy ocupado en la Secretaria de Ciencia y Técnica. Seguí viendo a mi abuelo, ya que a partir de 1987 volvía todos los años a la Argentina para visitar a mi papa, que pasaba el segundo cuatrimestre en Buenos Aires, enseñando en la Facultad de Ciencias.

Recuerdo a Tata como una persona íntegramente dedicada a su pasión política. La distancia impidió, sin embargo, que pudiéramos iniciar un dialogo intelectual.

Cora Sol Goldstein

Manuel Sadosky y Cora Ratto vivían, junto con su hija Corita, su esposo Daniel Goldstein y su hija Corisol en un luminoso departamento en Alto Florida en Caracas donde se reunía gran parte de la comunidad de argentinos constituidos por exiliados políticos y económicos. Corría el año 75, y Manuel y su familia estaban recién instalados en Caracas.

Manuel recibía a todos y su casa funcionaba como una embajada argentina en Caracas. En ese momento todos los que llegaba tenían necesidad de ubicarse en Caracas conseguir casa, trabajo, contactos, niñera para los chicos, etcétera. Manuel que trajo la primera computadora científica a la Argentina usaba un fichero de esos redondos, hay que pensar que en esa época no existían las computadoras personales. En ese fichero redondo había de todo desde recetas de cocina hasta las direcciones donde conseguir sábanas para la cama.

Lo más increíble es que Manuel con pocos meses de estadía en Caracas tenía una red de contactos que hoy envidiaría Facebook, sencillamente conocía a todo el mundo y generosamente prestaba sus contactos para hacerle la vida más fácil a los recién llegados.

En mi caso llegué a Caracas en esa época buscando como ubicarme laboralmente. Apenas conocí a Manuel me hizo un contacto que tenía en su fichero redondo para trabajar en Cordiplan en Miraflores que es el palacio presidencial de Venezuela. Empecé a trabajar en ese lugar como economista agrícola, tocaba el cielo con las manos y nunca dejé de agradecerle a Manuel su generosidad ya que ni siquiera me conocía en ese momento.

Posteriormente pasé a trabajar en la actividad privada, gracias al contacto original de Manuel, en una fábrica de extrusión e inyección de plásticos que fue la primera en instalar sistemas de riego por goteo en Venezuela y esa actividad fue la columna vertebral de mi actividad profesional que luego desarrollé en Argentina.

Recuerdo con que entusiasmo Manuel escuchaba mis sueños. En Londres yo había comprado un corazón de plástico rojo que tenía una luz adentro que se prendía y apagaba, era un típica baratija ahora fabricada por los chinos, pero en ese momento dado que estaba en la industria del plástico encaré la fabricación y Manuel lejos de pensar que no era un proyecto “serio” me alentaba muchísimo con la idea y se involucraba en todos los detalles de la fabricación. Creo que le entusiasmaba más el corazón de plástico que se prendía y apagaba que las instalaciones de riego por goteo que hacíamos. Manuel tenía el entusiasmo y la curiosidad de los chicos.

Tomás Eloy Martínez y Rodolfo Terragno eran en esa época asiduos concurrentes a su casa y gracias a Manuel los pude conocer y compartir buenos momentos con ellos ya que en esa época uno iba y solo tocaba el timbre, no existía el anunciarse ya que la pequeña comunidad de exiliados argentinos estaba unida en la casa de Manuel y éramos como una familia con la casa de Manuel como la casa patriarcal donde Cora siempre estaba lista para servir té con algo rico.

Manuel tenía un gran cariño por Cora y se los veía como una pareja unida por eso en una de esas veladas escuché una frase de Manuel que al principio me conmovió un poco, con el tiempo vi que había una gran verdad en sus palabras. La frase de Manuel fue: “Las verdaderas prostitutas son las señoras casadas que piden todo lo material y otorgan poco a cambio”

Pasaron muchos años desde esa frase, pero aun la tengo presente y cuando veo a alguna señora que encaja en la definición de Manuel, me acuerdo de él.

Ing. Agr. Martín Groppa

Conocí a Manuel en 1950, más o menos. Recuerdo que fue en “la catedral”, como llamábamos al edificio que la Facultad tenía en la avenida Las Heras, cuando las carreras de Exactas estaban en la misma facultad que las ingenierías.

Manuel era Jefe de Trabajos Prácticos de Análisis III y trabajaba en un pequeño cuarto del Instituto Radiotécnico ubicado en “la catedral”.

Yo había estudiado matemática en la Universidad de La Plata, y con mi esposo, Jose Guber y un amigo Fischer, habíamos creado un instituto privado para dar clases particulares y cursos de apoyo. A Manuel no lo conocía pero me habían hablado de que era muy buen docente así que me fui a proponerle que se uniera a nosotros en el Instituto.

Manuel aceptó y comenzó una historia que duró décadas. Manuel daba las clases teóricas y yo armaba las prácticas, y de ahí surgió el contenido del libro Cálculo Diferencial e Integral que escribimos juntos.

Después de 1955, Manuel pasó a ser Profesor del curso de Análisis I y yo fui su Jefa de Trabajos Prácticos y cuando se creó el Instituto de Cálculo, Manuel me convocó para que fuera su Jefa de Operaciones.

Fue una época de mucho trabajo y muy gratificante. Manuel trazaba las políticas y yo me ocupaba de que todo saliera como correspondía. Tenía que manejar un grupo de setenta personas, pero fue una gran época que terminó con la renuncia masiva de 1966. Sólo siete se quedaron.

Pasó un tiempo sin que trabajásemos juntos y en 1984, cuando asumió como Secretario de Ciencia y Técnica, me convocó nuevamente, primero como asesora y después fui nombrada Subsecretaria de Coordinación. Trabajamos con los mismos sueños y las mismas ganas pero fue mucho más difícil. No había presupuesto suficiente y la inflación era enorme.

Manuel puso en marcha la ESLAI y yo me ocupé de alquilar el lugar preparar todo para que funcionara y fue muy difícil porque el presupuesto nunca alcanzaba. Yo le decía a Manuel “anda con la renuncia en el bolsillo”. En esta última época, las condiciones económicas nos jugaron en contra, no pudimos lograr que nuestros científicos volvieran al país ni detener la fuga de cerebros, pero quedaron semillas que hoy dan sus frutos.

Rebeca Cherep de Guber

Recordando a Manuel Sadosky

Me han pedido que escriba sobre Sadosky. He comenzado cien veces a hacerlo y nada me parece bien, nada que yo pueda decir alcanzará para describir a ese señor entusiasta, cariñoso, hiperactivo, nada me parece merecedor de él y de la importancia que tuvo para nuestra Universidad y particularmente en mi vida al impulsarme fuertemente a reorientar mis estudios y trabajo... “¿Qué hubiera sido de ti si no me hubieras hecho caso?”, me decía años después. “Yo he sido tu papá profesional... ¡imagínate en el exilio como profesora o administrativa!”.

Y tenía razón.

Lo conocí en una entrevista que se hacía a través de la cual se comenzaría a elegir personal para trabajar en el Centro de Cómputo (DICUR) que se instalaría en la Universidad.

Él había llegado de Argentina para incorporarse al equipo que impulsaría la carrera de Computación (“Computador Universitario”) y la creación del Centro de Cómputo de la Universidad (DICUR). A la primera prueba se habían presentado más de 350 personas entre las cuales seleccionaron a 40 para asistir a los cursos que iba a dictar el Ing. Granato de IBM. En la mesa estaban el Prof. La Guardia, el Ing. Luis Osin que sería el director del DICUR y el Dr. Sadosky. Este último era el más elocuente y entusiasta. Me explicó el proyecto, me habló de la importancia que el mismo tendría en el futuro y me instó a hacer los cursos.

Accedí a iniciar los cursos. Yo trabajaba como administrativa, estaba casada y estudiaba. Casualmente en el IPA había decretado una huelga por tiempo indeterminado, por lo que pude sustituir el tiempo que le dedicaba, por los cursos de Introducción, Sistema Operativo, Programación Fortran, etc. Comencé el primer curso, di el examen, me fue muy bien y me entusiasmé.

A final de unos 5 cursos, cada uno con su examen eliminatorio, quedábamos muy pocos, no más de 10, y fui citada nuevamente a una entrevista. En ésta me ofrecieron ingresar al DICUR como analista-programadora. El sueldo era casi la mitad de lo que ganaba como administrativa en el BPS. Recuerdo la expresión de Sadosky diciéndome que no podía comparar la importancia de un trabajo con otro, que el futuro era prometedor, etc. Entre su entusiasmo y el apoyo de Anheló, mi compañero, artista plástico y prescindente del valor del dinero, acepté, dejé mi trabajo y el IPA y comencé a trabajar en la Universidad y a estudiar la carrera...

Recuerdo su dinamismo cada vez que llegaba. Nos instaba a hacer relaciones públicas para obtener apoyo y presupuesto para el Centro de Cómputo.

Aún lo oigo diciéndonos: “Tienen que hablar con tal o cual, tienen que promover lo que hacen, tienen que hacerlo valer”. Y nosotros lo mirábamos pero no lo escuchábamos. Nuestro interés, en general, era la nueva tecnología, no las relaciones protocolares.

Años después comprendí lo acertado de su preocupación.

Y entre las lecciones de política insertaba los cuentos sobre su nieta Corita.

Recuerdo que una vez me dijo: “A mí no me gustan los abuelos que hablan mucho de sus nietos, yo no lo haría si no supiera que Corita es absolutamente excepcional”.

Esa frase quedó grabada en nosotros. Cada vez que llegaba le preguntábamos por su “excepcional” nietita.

Pasó el tiempo, comenzó la dictadura, la Universidad fue intervenida y Sadosky dejó de visitarnos. Anheló y yo fuimos destituidos de la Universidad, estábamos perseguidos, nos exiliamos con nuestro pequeño hijo en la Embajada de México, emigramos a ese país y comenzamos a trabajar, cada uno en su profesión.

Después de algunos cambios, en el año 79 comencé a trabajar en el Instituto Nal. de Estadística Geografía e Informática (INEGI). Ingresé como Subdirectora en la Dirección Gral. de Política Informática y después de 2 años fui nombrada Directora de Desarrollo Informático.

En el año 1984, luego de terminada la dictadura en la Argentina llegó una delegación de la Secretaría de Ciencia y Tecnología y del Instituto de Estadística y Computación (INDEC9 de ese

país. entre otros, se entrevistó con el presidente del INEGI y le solicitó que enviaran a algún profesional a hacer una evaluación de la situación del Centro de Cómputo de ese Instituto.

Por algún azar del destino la elección del delegado del INEGI para realizar la evaluación recayó sobre mí. Viajé a Argentina y me llevaron a entrevistarme con el presidente del Insitituto de Ciencia y Tecnología, el Dr. Sadosky.

Asombrados todos, nos vieron abrazarnos, conversar largamente sobre nuestro recorrido por el mundo del exilio. Fue un maravilloso reencuentro que mezclaba trabajo con historias de vida acompañadas por exquisitas cenas en su casa elaboradas por su hermana. (Su esposa Cora había fallecido durante su exilio en el exterior).

Desde entonces, a mi regreso, a mi regreso a Uruguay, lo visitaba frecuentemente. Se había vuelto a casar con una amiga de su difunta esposa, una vecina del edificio.

Me tocó la suerte de relatar su actuación entre nosotros, durante el nombramiento de Doctor Honoris Causa que le otorgó nuestra Universidad, y organizar una cena en su honor con la presencia de autoridades universitarias y nacionales y de su entrañable amiga, la poetisa Idea Vilariño.

La última vez que lo visité en su casa estaba escribiendo un relato sobre su vida y obra.

Tenía entonces más de 90 años.

Ida Holz

Conocí a Manuel Sadosky durante el ingreso a Exactas, en el año 1959, y luego lo tuve de profesor en Análisis I. En esa época también tuve a Cora Ratto de profesora de Álgebra y Corita estaba a punto de licenciarse. Desde entonces pude detectar su capacidad de gestor que desplegaba admirablemente a través de su famosa libreta de direcciones que establecía, con décadas de anticipación, una amplia red colaborativa conectando a alumnos argentinos con profesores, profesionales o instituciones argentinos o del exterior. Fue impecable, por ejemplo, su gestión ante el CNUCE, de Pisa, Italia, para recomendar a Norma Lijtmaer cuando decidió partir hacia allá a finales de 1966.

Recuerdo su libreta también en Caracas, a principio de 1975, cuando decidí irme de Argentina - hasta que se apaciguaran las aguas tormentosas de un gobierno errático, pero que continuaron agitándose con la dictadura militar- en busca de alguna salida profesional. Y también para otra gente en Barcelona, buscando algún rumbo adecuado para sus objetivos.

Pero lo que querría resaltar es que, lo que arriba describo como características de un buen gestor, organizador o facilitador en términos de *management*, sería definido de una manera más adecuada como resultado de la generosidad y paciencia que desplegaba Manuel a su alrededor.

Tuve oportunidad de presenciar un ejemplo de esa paciencia al ver cómo atendía a su hija Corita, que estaba en cama como consecuencia de una hepatitis, allá por el año 1981. Ya había muerto Cora Ratto y Manuel estaba solo para ocuparse de ella en Barcelona, y se enfrentaba a las reacciones de impaciencia de su hija que, al tener que guardar cama necesariamente, le resultaba poco soportable el no poder volver a sus obligaciones en la universidad de Washington. Me llamó la atención los cuidados y paciencia que ofrecía a Corita, dado que la situación habitual en que los veíamos era el de las reuniones sociales en que difícilmente podemos apreciar esos rasgos paternos.

Estamos acostumbrados a plantear las descripciones de la realidad en términos técnicos, sobre todo cuando nos referimos a un profesional o científico, porque pensamos que es la manera más adecuada de hacerlo. Y vamos olvidando las cuestiones éticas, que son imprescindibles, porque la alternativa técnica -en apariencia- nos resulta más precisa, como si se tratara de una cuestión de eficiencia que, lo vemos en la actualidad, hasta una red social podría suministrarlos.

Lo que nunca podrá aportar una red social es el grado de adecuación en la relación que establecía Manuel entre las personas, o el peso que podía tener su recomendación. Eso era consecuencia del profundo conocimiento que tenía de las personas y de sus necesidades y del peso que se otorgaba a sus intervenciones, derivado de sus rasgos éticos, además de los profesionales.

Manuel Imaz

Mi gratitud hacia Manuel Sadosky

Pude verlo por primera vez a Manuel en 1960 cuando, como Vice Decano de Exactas, nos dio la bienvenida al Curso de Ingreso, y aunque parecía un padre, no dejó de avisarnos que probablemente ¡solo uno de cada diez de nosotros íbamos a poder aprobar el Curso! ¡Esa advertencia nos mejoró mucho nuestra productividad!

Yo estudiaba Análisis con los libro de Rey Pastor, pero cuando quería entender las cosas realmente bien, iba al libro de Sadosky-Guber. Recuerdo especialmente el increíble librito color naranja que venía de regalo con el texto de Sadosky-Guber. Estaba repleto, me parecía, con todas las fórmulas del mundo, y tenía un índice extraordinario, diseñado para ser cortado con tijeras, lo que permitía encontrar la página deseada instantaneamente. Cuando vine a hacer el doctorado en MIT, seguí usando el librito de formulas de Sadosky-Guber. ¡Todavía lo tengo! La claridad del texto y la genial practicabilidad del librito de fórmulas eran una muestra del intenso deseo de Sadosky (¡y Guber!) de hacernos acceder a las ideas.

Manuel parecía conocer personalmente a todos los alumnos y alumnas, se interesaba por nosotros y nos alentaba. Cuando yo me case con Alberto Rivas (uno de los primeros en recibirse de Computador Científico), Manuel y Cora nos prestaron por una semana su hermosa casa en la playa para que pasáramos la luna de miel. Fue una experiencia increíble a la que, como estudiantes, nunca hubiéramos podido acceder sin la generosidad de los Sadosky.

Pasamos dos años en el Uruguay, de 1971 a 1973, con Manuel (que había fundado el Instituto de Cálculo en la Facultad de Ingeniería dirigida por el Ing. Oscar Maggiolo) y con Rolando García, que venía frecuentemente y pasaba semanas con nosotros. Esos dos años fueron fundamentales para mí: aprendí más que siendo alumna en MIT.

Eugenia Kalnay
Diciembre 2013

No solo bits

Al fin de los años sesenta e inicios de los setenta, con Manuel nos veíamos regularmente los domingos a la mañana. Nos encontrábamos en su departamento y nos íbamos a algún concierto de folklore o tango. Además de la buena música era una oportunidad para estar en medio de gente en esa época de dictadura militar. Si yo usaba en la conversación un par de versos de Discepolo, Manuel continuaba con el resto.

Si bien yo ya usaba el Manuel y no mas Prof. Sadosky, el siempre era muy equilibrado en sus expresiones.

Un de esos días llego Oscar Varsavsky, traía su nuevo libro *Ciencia, Política y Cientificismo*, y le escribió una dedicatoria muy afectuosa. Yo era también amigo de Oscar, pero quede impresionado por el trato formal muy respetuoso hacia Manuel. Ese día me sentí embarazado por mi conexión informal, ¿quizás me dirigí a él en modo no adecuado?

Pasaron unas semanas sin vernos, cuando lo reencontré, con un tono confidencial me dijo: “Estuve en Cuba”

Sabía que a Cuba mucha gente había ido por training, y no precisamente en matemáticas, pero ¿Manuel?

Nos unía una tensión por conectar el desarrollo científico y tecnológico con la justicia social y liberarnos de dictadura militar que se había apropiado del país.

Entonces muchos ya estaban en “otra cosa” –viejos amigos y ex-alumnos hacían como no verte si te encontraban en el colectivo o un café-

Cuba iluminaba una vía para la dignidad de los pueblos de nuestra América, y sin duda andar allí podía tener duras consecuencias.

Me hice de coraje, pregunté:

-¿Qué me contás de la isla, qué fuiste a hacer...?

-Me llamaron por una opinión sobre computadoras..., acaban de comprar 10 *cdeuxi*¹.

Expresé mi sorpresa: ¡¿Diez?!!

Manuel con su voz más calma respondió:

-Sí, diez... ¡tienen pelotas!

Pedro Kanof

¹ CII-Compagnie International pour l'Informatique, un resultado del Plan Calcul del Gen. De Gaulle.

Algunos recuerdos sobre Manuel Sadosky

Conocí el nombre de Manuel Sadosky cuando ingresé en el primer cuatrimestre de 1961 a la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, en el viejo edificio de la calle Perú. El era en ese entonces su Vicedecano, y estaba a cargo de una de las cátedras de la materia Análisis I que se dictaba en dicho cuatrimestre. Pero fue recién en 1963, cuando ingrese al Instituto de Cálculo (del que Manuel era su Director) el momento en que lo traté personalmente. A partir de entonces, y hasta su fallecimiento lo frecuenté con cierta habitualidad en diversas circunstancias, con mayor frecuencia a medida del paso del tiempo.

Me vienen a la mente algunas de las muchas situaciones particulares ocurridas a lo largo de los años.

-En el Instituto de Cálculo, al entrar por la mañana a nuestra Oficina era frecuente encontrarse sobre el escritorio algún artículo de revista u otra publicación técnica con una notita de puño y letra de Manuel diciendo “para leer y comentar”. Y luego, en cualquier oportunidad posterior preguntaba sobre el contenido del artículo con verdadero interés y lo discutía conmigo.

-Durante la época de ACT S.A. (consultora privada pionera en tareas de computación y matemática aplicada de la cual fue uno de sus fundadores y Director y en la cual trabajé desde su inicio), Manuel viajaba regularmente a Montevideo. Allí asesoraba en temas de su especialidad a la Universidad de la Republica.

Una vez estaba por salir de ACT para embarcarse, y llevaba un bolso relativamente voluminoso. Cuando vio mi cara de curiosidad acerca de su contenido, me contó que llevaba yerba. ¿Yerba? Le pregunté. Sí, yerba argentina para argentinos que trabajan en la Universidad, a los que no les gusta la yerba uruguaya. Ah, que bien, le dije. Sí, agregó, y cuando vuelvo traigo yerba uruguaya para uruguayos que trabajan en Buenos Aires, a quienes no les gusta la yerba argentina.

Al poco tiempo de su desvinculación de ACT, me llama un día y me comenta: Marcelo, tengo un pedido de asesoramiento de una Cooperativa de la Prov. de Santa Fe sobre su centro de Cómputos, ¿le gustaría acompañarme en el trabajo? Por supuesto que acepté encantado, y allá fuimos juntos a la Cooperativa, donde estuvimos unos cinco días analizando el tema y haciendo el correspondiente informe.

Nos alojamos en la misma Cooperativa, en una casa que tenían para sus visitantes, de la que compartimos una habitación. Al volver a Buenos Aires me dice: por el trabajo de asesoramiento me pagaron XX pesos, aquí está la mitad para usted, ¡y me entregó la mitad del total que había recibido!

En un viaje que hice a Caracas (donde él estaba radicado en ese momento), me lo encontré casualmente en la Universidad Central de Venezuela, lo saludé y nos pusimos a conversar sobre temas diversos.

Al despedirnos me invita “¿Por qué no viene a almorzar a mi casa el próximo jueves? ¡Mire que Cora (refiriéndose a su esposa, la Dra. Cora Ratto) hace unas milanesas muy ricas!”. Desde ya que acepté su cordial convite, y disfruté mucho de la conversación durante el almuerzo, así como de las muy ricas milanesas.

Mucho más adelante en el tiempo, una vez que estaba yo en su casa junto con otros amigos y su segunda esposa Katún, me preguntó: Marcelo, conocés mi colección de cassettes? No, Manuel. Y entonces trajo una carpeta que contenía su inventario de cassettes de todo tipo de música, junto con notas manuscritas sobre los artistas o los temas, además de recortes de diarios y revistas, fotos sobre ellos, etc. y se puso a mostrarme y comentarme su contenido durante un rato bien largo.

Una frase típica de Manuel: “Mejor que tener un auto es tener amigos con auto”.

Marcelo Larramendy

Capital Federal, 13 de abril de 2014, a cien años del aniversario de quien fuera nuestro Padre Intelectual, Manuel Sadosky

Un relato en las vidas de Manuel Sadosky, Noemí García y Liana Silvia Lew (Graduadas como Computadoras Científicas número 4 y 5 respectivamente) y trabajando como programadoras en el Departamento de Economía del Instituto del Cálculo bajo la dirección del Dr. Oscar Varsavsky.

Era el día 23 de Julio de 1966.

Visitamos a Manuel, en su despacho del Instituto del Cálculo de la Facultad. Lo encontramos revisando carpetas, con el ceño fruncido y cierta gesto de preocupación

Noemí: Mire Manuel, venimos a contarle novedades sobre nuestro ultimo examen de la carrera que completaremos con la materia “Seminario Superior de Cálculo Numérico y Gráfico” que fue dictada por el Ing. Pedro Zadunaisky durante el primer cuatrimestre de 1966.

Liana: Debemos rendirla el día 29 de Julio pero dado que es nuestra última materia queremos darla con mayor dedicación y mejorando nuestra carpeta de Trabajos Prácticos. Para ello necesitamos una semana más de tiempo para completarla así que nos presentaremos en la primera fecha de agosto.

Manuel: (sorprendido) De ninguna manera puedo aceptar este deseo de Uds.

Es posible que en esa fecha no estemos aquí ninguno de nosotros, ya que los rumores de Intervención a la UBA ya son muy concretos, así que, en mérito a lo que Uds. le han dedicado a este proyecto no pueden postergar un solo día este examen corriendo el riesgo de no recibir el tan merecido título.

Sin más, Noemí y Liana dimos el examen el día 29 de julio a las 13 horas y una vez aprobado nos dirigimos a Perú porque la noticia ya era contundente, fuerzas policiales y militares habían intervenido nuestra facultad. No llegamos a entrar porque ya estaba intervenida, allí vimos salir a Manuel y Rolando con las manos en alto y ensangrentados, observando desde la esquina de Perú y Diagonal Sur.

Solo lo vimos al día siguiente en la casa de Helios Paulero (creo) integrante del mismo departamento de Economía Aplicada

Estaba vendado, muy triste y nos contó los pormenores de tal indigno acto. No volvimos a ver a Manuel hasta 3 o 4 años mas tarde en oportunidad de un viaje a Caracas. Muchos de nuestros compañeros del IC se instalaron allí en proyectos equivalentes de las Universidades y Centros de Investigación.

Noemí, Clarisa y yo conseguimos trabajo en el Banco de Londres (representante en Argentina de English Electric-Leo Marconi) gracias al pedido que les hiciera Manuel y Rebeca acerca de nuestra disponibilidad y conocimiento.

Todos los integrantes del IC renunciamos a nuestros cargos el 30 de julio de 1966 concluyendo una etapa de proyectos de los que solo personas muy especiales podrían iniciar. Manuel, Oscar, Rebeca están en lo mejor de nuestros recuerdos. Manuel sin duda es nuestro padre intelectual y le debemos a él lo que fuimos y somos hasta ahora. No podemos concluir sin decir que Manuel es una persona irrepetible.

Noemí García y Liana Lew

MANUEL SADOSKY

RAÚL CARNOTA me pide una anécdota, algún recuerdo sobre Manuel Sadosky que sea... ¡corto!

¡Qué difícil! Resumir en poco lo mucho que representa Manuel Sadosky para aquellos que tuvimos la suerte de tenerlo de ejemplo, de maestro, de amigo, durante muchos años.

A raíz de la Revolución Libertadora del 55, los alumnos de 2º año de ingeniería hicimos una asamblea para pedir un 3º curso de Matemáticas y un 3º curso de Física (¡Eran otros tiempos! Los alumnos pedían más materias y no menos, como pasa ahora). Se creó entonces Matemáticas Especiales (variable compleja, ecuaciones a derivadas parciales, probabilidades, etc.) y Física Especial (física atómica).

Para Física vino el Ing. Eduardo Galloni y para Matemáticas, el Dr. Sadosky.

Desde el primer día nos deslumbró con su personalidad, la claridad con que explicaba, lo ameno que lo hacía...

Trajo jefes de trabajos prácticos que eran un lujo para la Facultad de Ingeniería: Eduardo Ortiz, Carlos Domingo, Oscar Mattiusi...

Al año siguiente me tomó como ayudante-alumno en su cátedra. Y a partir de ahí lo tuve siempre como un referente en mi vida: en el Instituto de Cálculo, en la empresa Asesores Científico Técnicos (ACT), como amigo...

Recuerdo que en Ingeniería "inventó" algo que llamaba "pre-examen": el alumno podía voluntariamente venir unos días antes para que los docentes lo interrogasen.

Si le iba mal no tenía consecuencias. Si aprobaba era casi seguro que aprobaría el examen, ¡A Manuel le interesaba que el alumno aprendiese y no que aprobase el examen!

A menudo nos presentaba problemas de matemáticas recreativas (similar a lo que ahora hace Adrián Paenza) para hacernos pensar y querer más la Matemáticas. Siempre insistía que los ingenieros teníamos que aumentar nuestro nivel matemático y que teníamos que estudiar Estadísticas que no era materia de la carrera.

En los años 50, cuando lo conocí, él venía del comunismo (en realidad lo habían echado del PC por pensar distinto) y yo venía del humanismo (de militancia católica). Nunca fue un obstáculo para el diálogo, que continuó durante toda la vida. Siempre estaba abierto a ese diálogo, a un intercambio de ideas sobre cualquier tema (su cultura, su conocimiento, era enorme).

Recuerdo que en 80 lo visité en su departamento cerca de la estación de Sants, en Barcelona, donde vivía con Cora Ratto, escapando de la dictadura de Videla.

Quedamos en ir al cine. Fuimos a ver *El Imperio de los Sentidos*, que estaba prohibida en la Argentina (en España era el tiempo del "destape").

Al salir discutimos si la película era erótica o pornográfica. Teníamos opiniones distintas.

Al día siguiente me llamó al hotel para decirme: Magaldi, tenés razón, creo que es erótica y no pornográfica como yo pensaba...

Platón decía que agradecía a la vida el haber conocido a Sócrates.

¡¡¡Yo agradezco a la vida el haber conocido a Manuel Sadosky!!!

Ing Rudyard Magaldi

Manuel Sadosky

Recuerdos franco-argentinos

Cuando lo encontré por la primera vez, me sorprendió su espontaneidad.

Debo confesar, sin embargo, que antes conocí a su esposa, Cora Ratto de Sadosky.

Eso ocurrió durante la preparación del examen de ingreso a la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales de la Universidad de Buenos Aires.

Cora enseñaba álgebra mientras que Manuel, vice-decano de la Facultad de Ciencias Exactas, estaba concentrado en la construcción de la nueva Facultad en Núñez y del Instituto de Cálculo, ubicado en el mismo edificio.

Menciono a Cora porque fueron las grandes discusiones con ella que han creado en mi un estado de espíritu que me permitió, la primera vez que encontré Manuel, comprenderlo y seguirlo. Cora era una apasionada de matemáticas y frecuentemente nos hablaba de Evariste Galois, un joven matemático francés, inventor de la teoría de conjuntos y que murió en un duelo a la edad de 20 años. ¡Qué desperdicio! Decía Cora.

Manuel y Cora vinieron juntos en Francia y se han impregnado del idioma francés, que es para muchos seres humanos el idioma del espíritu. Federico El Grande, rey de Prusia, hablaba en francés sobre temas que amaba y...en alemán cuando tenía que dar... ¡órdenes!

Efectivamente, Don Manuel trabajaba con su equipo sin dar órdenes. Pienso que su estadía en Francia había probablemente moldeado su carácter.

En 1960, cuando ingresé en la Facultad de Ciencias Exactas, Laurent Schwartz, fue invitado por Sadosky en Buenos Aires. El azar hizo que lo encuentre mas tarde en Francia, por intermedio de mi cuñado Vincent Piron, sobrino de Laurent. Laurent había apreciado el encuentro con Sadosky y admirado sus esfuerzos por el desarrollo del nivel científico en la Facultad de Ciencias Exactas.

También he encontrado en Buenos Aires profesores franceses del Institut de mathématiques Appliquées de Grenoble y desarrolladores del lenguaje Algol, invitados por Manuel para organizar seminarios de compilación. Fue gracias a uno de ellos, Jean-Claude Boussard, que pude venir en Francia, después del desangramiento provocado por los bastonazos de Onganía en 1966.

Lo más importante para mí, fue el hecho que Cora y Manuel fueron siempre libres. Han vivido adoptando un comportamiento revolucionario, bien diferente del que se manifiesta con las armas. Una revolución espiritual que desea el bien para todos, sin distinción y sin destrucción. ¿Una utopía? No lo creo, porque lo que perdura en nuestro espíritu es la memoria de los seres humanos que han logrado avanzar pacíficamente.

He comprendido, mucho tiempo después, porqué Don Manuel, considerándome un rebelde, me conservó como miembro del equipo. Yo también me había indignado contra las injusticias, a comenzar por aquellas que ocurrían a mí alrededor.

He vivido con los Sadosky, una complicidad discreta, desapercibida. Pienso también a los hombres que han encontrado y que los inspiraron sobre un terreno tan bien político como científico.

Gracias a ellos, mi espíritu se despertó a las ciencias con el desprendimiento y la admiración que se obtiene cuando se descubre un pensamiento puro. Sentirse como una flor abierta en medio de un jardín cubierto de malezas.

Otros hombres me han orientado y enseñado a amar la vida, pero la época Sadosky, de 1959 a 1966, ocupa un lugar importante en mi espíritu. Un período crucial.

Infinitas gracias.

Antonio Martese

ANÉCDOTAS DE LA ESCUELA LATINOAMERICANA DE INFORMÁTICA

Conocí a Manuel Sadosky en forma bi casual en 1983. Yo residía en Italia y vine para la jura de mi amigo Genaro Carrio como presidente de la Corte Suprema de la Nación. Genaro me dijo “tenes que conocer a una persona extraordinaria y ver si lo podes ayudar en algo” en ese entonces yo era Director del Istituto per la Documentazione Giuridica del Consejo Nacional de investigaciones italiano y miembro de la Comision de Informática del mismo Consejo. La segunda indicación que tenía que ir a ver a Sadosky provino de mi otro amigo Carlos Correa a quien me presento el inolvidable Laquis . Dado que las solicitudes venían por muy distintos caminos, recién cuando Sadosky, flamante Secretario de Estado de Ciencia y Tecnología me concedió la audiencia, reparé que era la misma persona indicada por dos fuentes.

Don Manuel muy cordialmente me hizo notar que tenía un enorme trabajo y por lo tanto me daba a entender que fuera directamente al grano, pero allí realicé que mientras Carrio me dijo “dale una mano” Correa me pidió qué le preguntase qué podía él hacer por la informática jurídica argentina aun el albores. No sabía cómo salir del embrollo y me ayudo la suerte: Sadosky me pregunto por mis trabajos en Italia y le intereso mucho saber que era catedrático en la Universidad de Pisa. Allí se ilumino pues me dijo que en Pisa existía el centro más importante de informática de Italia y que Norma Lijmayer y su marido Ugo Montanari eran personas preciosas para los planes que él tenía para la Argentina para la creación de un centro de altos estudios en Informática. Norma y Hugo habían comenzado su carrera de investigadores en l’Istituto di Elaborazione dell’Informazione (IEI-CNR) en vía Santa Maria en Pisa. Norma se quedo siempre allí, mientras que Ugo paso a Scienze dell’Informazione (luego Dipartimento di Informatica) dell’Università di Pisa.

Comenzamos a tejer una relación que luego se hizo muy fructífera pues en cuanto llegué a Pisa, Norma, famosa también como cocinera, me invito a comer a su casa y entre ella y su marido quisieron saber todo lo que le interesaba a Sadosky.

Hay que tener en cuenta que Sadosky, Norma y Ugo eran ya famosos en las ciencias de la información mientras yo estaba tratando de crear una incipiente informática jurídica en Italia. Las distancias teóricas entre ellos y yo eran enormes. Pero los tres fingían (o no se daban cuenta) de la distancia y tratábamos todo de igual a igual. El resultado fue un éxito pues Norma y Hugo viajaron de inmediato a la Argentina con planes muy concretos de ayudar a Don Manuel a crear una Escuela de Altos Estudios para la informática. Obviamente entre ellos tres se entendían a la perfección, yo venía de atrás y con la lengua de afuera.

Con Manuel teníamos muchos amigos en común, pero uno muy especial: Gregorio Klimosky quien nos contaba que se había ganado la vida durante la dictadura dando clases de filosofía y lógica a los psicoanalistas y tenía una forma muy especial de comunicar, cuando nos veíamos en mis viajes, siempre me decía “no le pregunto cómo le va, porque se ve”. Yo le presenté a Carlos Alchourron que era uno de los máximos expertos mundiales en lógica de normas y con el cual hicimos el primer sistema experto

en materia jurídica. En la primera reunión larga que tuvimos en casa de don Manuel hablaron todo el tiempo de música desde el punto de vista teórico pues se referían a la “composición” como si fuera un tratado formal, dejando a su mujer Katun Troise y a mí como simples espectadores.

Don Manuel, mas por merito de mis amigos que por los míos propios comenzó a considerarme como un amigo que puede hacer mucho por los sueños de una Informática al más alto nivel en Argentina. Obviamente podía aportar muy poco en materia científica sino solo en la parte que se desarrollo muy bien en Argentina que era la Lógica deóntica, pero mucho en la parte política.

Don Manuel estaba contento como perro con dos colas pues le conseguí una entrevista con el Vicepresidente del Consejo de Investigaciones italiano, Giuseppe Biorci quien era un amigo, y el presidente la Comision de informática italiana a la cual yo también pertenecía, siempre corriendo de atrás y con la lengua de afuera. Biorci colaboro mucho con las ideas de Sadosky, mandado libros. Logré que viajaran al país expertos de muchos países que trajeron, además de su experiencia una enorme cantidad de libros y extractos de publicaciones.

Don Manuel organizo seminarios homéricos y cursos intensivos para todos los que se animaran. Además, no sé cómo, consiguió para la una sede extraordinaria en el camino a La Plata, en el Parque Pereyra Iraola, era un pequeño castillejo de estilo francés seguramente ex casco de alguna estancia y sumergido en un bosque de pinos.

Viviendo yo en Italia, nos veíamos cuando yo viajaba a la Argentina, pero nos escribíamos o mejor él me escribía diciendo a quien tenía que ir a ver para pedirle algo o qué cosa necesitaba con urgencia, suponiendo siempre él que yo sabía mucho más de lo que realmente sabia por lo cual tenía que pedir auxilio cuando me llegaba alguna carta demasiado técnica.

Y la escuela se hizo y comenzó a funcionar en 1986 con enorme éxito pues venían efectivamente cursantes de toda Latinoamérica y del interior del país, era el Mit argentino (guardando distancias). Hasta 1989 fueron años de grandes trabajos y estupendos reconocimientos internacionales para la Escuela. Generoso, don Manuel me hacia guiños cuando presentaba a alguna personalidad internacional como si fuera merito mío que hubiese venido, cuando todo era merito suyo y de su increíble capacidad de trabajo. Uno de los cursantes Horacio Arlot Costa, uruguayo, luego trabajo conmigo en Italia y fue el autor del software de mi último sistema experto jurídico “Deo”. Era tan buen como profesional que, mientras yo le conseguía una beca en la Londo School, a través de Sergot, la Columbia University me envió un pedido para nombrarlo Profesor asistente. Termine como titular en Pitsburg.

Finalmente culmina la presidencia de Alfonsín y comienza la de Menem. Sadosky deja el cargo y lo nombran entonces a Raul Matera, medico simpático y socarrón. Cuando llegue a Buenos Aires le pedí una audiencia y me la concedió de inmediato en la calle Córdoba al 800. Le explique la importancia de la Escuela y la necesidad de mantenerla y acrecentarla. Me escucho con atención y en perfecto italiano

me dijo “está bien, me has convencido, pero con una condición: me tienes que conseguir una laurea honoris causa en Pisa”. Supuse que con los antecedentes de Matera la cosa iba a ser fácil, pero no lo fue. Siempre que podía yo le hablaba de la escuela él me retrucaba con la laurea honoris causa. Finalmente supe que en 1990 la habían cerrado y cuando se lo comenté en Buenos Aires abrió los brazos como diciendo “la cosa no dependía de mí.”

Antonio A. Martino

El Maestro: mi entrada a Matemáticas, en la FCEN UBA

Ya en el secundario, me gustaban las matemáticas. Y me hice la ilusión de seguir una carrera que uniera las matemáticas con las artes: de allí que decidiera seguir Arquitectura. En esa época (1957), el curso de ingreso a Exactas se hacía al mismo tiempo que el último año del secundario, el del Arquitectura era más tarde. Mi entonces novia, hoy mi esposa, se había anotado en Exactas, para seguir Física, y yo la acompañaba a los cursos. Llegó un primer examen en un curso de matemáticas y, ya que estaba allí, decidí hacerlo y entregarlo. En la clase siguiente, Manuel preguntó de quién era ese examen no identificado y que no correspondía a ningún inscripto en el curso. Gloria le dijo que era de su novio: Manuel me llevó aparte, y con un largo sermón y mil argumentos, me llevó de una oreja a inscribirme en la Facultad.

Creo que allí, de entrada nomás, gané por lo menos un año: el tiempo que me hubiese llevado hacer el ingreso a Arquitectura, cursar las primeras materias y darme cuenta de que eso no era ni de lejos para mí. Pero lo que más me impresionó fue el hecho de ver que un profesor universitario -para nosotros, alumnos de quinto año, alguien tan lejano, tan encumbrado- se ocupara personalmente de ayudar a un chico mal orientado. Y sé de manera fehaciente que lo que hizo conmigo no fue un hecho aislado. Esa actitud de verdadero maestro la seguí viendo en Manuel en todo lo largo de su vida.

Escuela de democracia

Entré, entonces, a la Facultad a estudiar matemáticas, en 1958. En 1960 empecé a trabajar en Bull, aunque no a tiempo completo, como para poder seguir estudiando. Al mismo tiempo, estuve activo en el movimiento estudiantil, tanto en el Centro de Estudiantes como en calidad de representante estudiantil en el Consejo de Facultad. Compartíamos con Manuel los grandes objetivos reformistas y participábamos en la construcción de la Universidad que todos queríamos. Pero nuestras divergencias eran muchas, conocidas, públicas. Algunas discusiones en el Consejo llegaron a ser bastante vehementes, y llegué a enfrentarme duramente con Manuel en algún punto bastante difícil de tratar. Sin embargo, las relaciones fueron siempre cordiales. Tanto Manuel como Rolando García supieron crear un clima en el que el intercambio de opiniones era una parte normal de la vida de la institución. Luego fui a Francia por un tiempo - y Manuel no dejó de darme consejos, mandarme a ver gente conocida allá. Regresé y me gradué. En el 64, apenas graduado, Manuel me llamó y me dijo: "tengo que dictar el Seminario de Cálculo Numérico y no me da el tiempo, el vicedecanato me ocupa mucho. Encargate del curso, los aspectos formales y administrativos (yo sólo era ayudante) dejámelos por mi cuenta." Por un lado, me asusté un poco: no era mi tema, estaba bastante alejado de eso. Pero por el otro lado, la idea me emocionó y me entusiasmó. Emoción, por la prueba de confianza que ese gesto de Manuel significaba. Entusiasmo, por el poder largarme a dar un curso con total libertad, todo el espacio abierto delante mío. De modo que estudié mucho, trabajé como un loco - y disfruté del curso como pocas veces me volvió a pasar después.

Cuando hago un balance de mi pasaje por la Facultad, junto al placer de aprender matemáticas con los profesores y los compañeros que tuve, hay un aprendizaje que se impone sobre el resto: el de la vida democrática. En otras universidades que conocí, en la Argentina y en otros países, mis enfrentamientos con un profesor de la importancia e influencia de Manuel, que encima era vicedecano, me hubiesen cerrado para siempre toda carrera de docente universitario, o, en el mejor de los casos, me la hubiesen dificultado enormemente. La Facultad de Ciencias que terminó en la Noche de los Bastones Largos fue, para mí, ante todo, una verdadera escuela de democracia, y Manuel jugó en eso un papel de primera importancia.

Solidario

Al comienzo de los 70, yo trabajaba parte en la FCEN, parte en la nueva Universidad de Luján que Emilio Mignone había creado. Cuando vino la intervención de Ottalagano y nos echaron de Ciencias a un grupo de docentes, quedé en Luján con dedicación exclusiva. En ese tiempo empezaron a presionar a Mignone para que nos expulsara a algunos de los profesores. Las triple A estaban activas, varios docentes fueron agredidos incluso en sus casas. Un sujeto de esa banda, que se instalaba en mis clases de manera ostensible, insistía ante Mignone para que me echara, ya con amenazas serias. Mignone, con quien las discrepancias políticas e ideológicas que yo tenía eran más que abundantes, decidió protegerme y lo hizo tanto como pudo, con gran firmeza. Pero la situación se volvió muy tensa para él mismo (más tarde, su propia hija fue víctima de la represión), tanto que llegado un momento tuvimos una conversación muy franca: él ya no me podía proteger, mi presencia sólo podía causarle más problemas, y no había otra salida para ambos - yo debía irme lo antes posible. Fui a casa de mis padres, para hablar por teléfono (no tenía teléfono en la mía) y llamé a Manuel que ya estaba en Caracas. Le expliqué la situación, y me dijo: quedate cerca del teléfono un rato, voy a ver qué hacemos. No pasaron dos horas, y me llama el Prof. Roger Soler, quien era director de la Escuela de Computación de la Universidad Central de Venezuela. ¡Me dice que la semana siguiente puedo empezar a dar mi curso allá! Así fue: saqué los pasajes, llegué a Caracas y a los dos días estaba dando clase.

Aparece de este modo el Manuel solidario, que no duda en moverse rápidamente cuando hay que dar una mano en una situación tan dura. Es verdad que coincidió con el hecho de encontrarse con gente de la calidad de Roger Soler y de tantos otros docentes de la UCV, que recibieron con los brazos abiertos a chilenos, uruguayos, brasileños y argentinos en situación similar a la mía. Pero también sé que mi caso no fue excepcional, otros pueden contar episodios parecidos con Manuel como protagonista.

Familia

A partir de la llegada mía y luego la de Gloria y los chicos a Venezuela, el vínculo con Manuel cambió. Pasó a ser una relación como de familia, basada en el afecto y el respeto, relación que hoy perdura a través de Katún. En su momento, la aventura de la ESLAI nos hizo revivir alegrías asociadas a su construcción y tristezas asociadas a su final, pero el lazo nunca dejó de afianzarse.

Mauricio Milchberg

Pensando en Manuel

Tuve la inmensa fortuna de disfrutar de Manuel a lo largo de muchos años; poder compartir intensas e innumerables charlas, tan llenas de su infaltable afecto y entusiasmo. Charlábamos y discutíamos sobre ciencia, literatura, cine, política. Aún ya viviendo en el exterior, seguíamos en contacto telefónico y mis visitas a Buenos Aires siempre incluían la calle Paraguay, como parte de mi itinerario habitual. Como tantos otros, aprendí muchas cosas de ese gran maestro y humanista que era Manuel. Algunas, que me afectaron en forma profunda y permanente, voy a tratar de expresar en estas breves palabras.

Para los que creemos que un mundo mejor es deseable y posible, muchas veces es difícil tener la lucidez necesaria para elegir cuales son las acciones más apropiadas y efectivas. Aprendí de Manuel que es necesario tener paciencia y perseverancia, creer en tus propios sueños e ideales, y tener la convicción de que es posible realizarlos. Proyectos ambiciosos y de gran envergadura, como los que Manuel logró concretar, requieren de la participación de gente capaz y comprometida. Inspirar y convencer a esa “masa crítica” fue uno de los grandes triunfos de Manuel y creo, una importante lección que conviene recordar.

Manuel tenía generosidad y curiosidad intelectual. Le daba placer explicar y aprender, por eso no es casual que tuviera tantas amistades regadas por todo el mundo, muchas resultado de sus largos exilios. Y, justamente, algo muy especial que heredé de Manuel es la idea de “transitividad” en la amistad. En 1988 empecé a viajar regularmente; antes de cada uno de mis partidas, Manuel buscaba en el cuarto que actuaba de oficina su Rolodex y extraía direcciones de ese curioso archivo giratorio. Nunca voy a olvidar la primera vez que armó una lista de nombres para mi viaje. La idea era simple: En cada una de los países que pensaba visitar Manuel tenía una o más amistades que él pensaba que yo debía conocer. Me contaba de quienes se trataba y armábamos dos listas para cada lugar. Aquellos que seguro tenía que contactar y, una segunda lista, para los que quedaban supeditados dependiendo del tiempo que tuviera disponible. Mis primeras llamadas fueron realizadas con cierta timidez, después de todo, éramos personas totalmente desconocidas, al menos era lo que yo creía en mi ignorancia. Para mi sorpresa, apenas explicaba que llamaba de parte de Manuel, todos inmediatamente organizaban para que nos viéramos, ofrecían pasarme o alojarme (muchas veces, acepté y prolongué mis viajes); en pocas palabras, con total familiaridad y no dudando en absoluto en el criterio de Manuel. Muchas de estas relaciones se transformaron, con el tiempo, en profundas amistades que aún hoy atesoro. Así que Manuel me acompaña no sólo en mis recuerdos, a través de su legado, sus libros, si no también en todos aquellos que conocí y “heredé” como consecuencia de su amistad y que como yo, llevamos algo de él en nuestro interior.

Lucas Monzón

Sobre Sadosky

Entrevisté a Sadosky cuando era Secretario de Ciencia y Técnica. Fue un encuentro distendido con un hombre que más sabe por sabio que por viejo y que, sin pretenderlo, me enseñó alguna de las lecciones más deliciosas sobre la No-Linealidad. Me contó que a fines del siglo XIX muy serios investigadores científicos plantearon que las ciudades iban a colapsar a causa del aumento imparable del transporte. En aquel tiempo todavía mayoritariamente a cargo de los caballos que tenía el mal gusto de hacer sus necesidades en la calle. La profecía castastrofista planteaba que íbamos a perecer aplastados en una montaña de bosta. Tremendo saber era expresado con cifras incuestionables y ecuaciones definitivamente probatorias.

Otra sabia respuesta estuvo referida a la no-linealidad en las estructuras de poder. En ese momento estaba retenido en la Aduana de Buenos Aires un importante equipo para la investigación científica. Yo me había enterado por unos colegas y como periodista científica estaba escandalizada y, como jovencita ingenua, indignada de que la SECyT no hiciera nada. Al plantearse a Sadosky me encontré con una respuesta inesperada: y es que lo habían intentado todo (al menos todo lo que se les podía ocurrir que no era poco tratándose de él y su equipo) sin lograr nada. Su explicación fue que nuestra cultura nos lleva a crear una ilusión de poder jerárquico completamente ingenua pues sigue una cadena vertical cuando la circulación real del poder tiene siempre circulaciones en red y extraños bucles no-lineales. A veces un "pinche" escriba de una oficina remota puede impedir (o generar) acciones que "los de arriba" no saben o no pueden evitar o cambiar.

Denise Najmanovich

Sadosky en Caracas y la *Maison de Verre*

Con todo lo enriquecedora que era, la relación con Manuel no fue sólo académica y profesional; muy rápidamente se convirtió en una profunda amistad que involucró a la familia entera, por lo que nos esmeramos en hacer que él y Cora conocieran a nuestros mejores amigos.

La relación con Rubén Coronil y su esposa Lya tuvo rasgos particulares, para empezar porque eran nuestros únicos amigos contemporáneos con ellos. Él era uno de los cirujanos venezolanos más prestigiosos y ella, también médico, una judía ucraniana que llegó poco más que quinceañera a Caracas para convertirse en una de las personas más sensibles e innovadoras que, en un país atrasado pero en turbulenta transición hacia lo urbano alimentada por una explosión demográfica sin precedentes, se dedicaron a la atención de los problemas de la infancia y la adolescencia.

Evidentemente las coincidencias cronológicas y biográficas, aunadas a la honda sensibilidad social y la pasión por todas las expresiones de la cultura que compartían, explican la natural empatía que de inmediato se estableció entre ambas parejas; pero pronto se descubriría un lazo secreto, quizá aún más profundo: su entrañable amistad con Jean Dalsace y su yerno Pierre Velay (y con las respectivas familias), ambos médicos de gran prestigio y comprometidos con las causas de la paz y el progreso de su tiempo, propietarios de la *Maison de Verre*, “la mejor casa de París” según afirmaba en 2007 el crítico de arquitectura del New York Times, “la que refleja mejor la mágica promesa de la arquitectura del siglo XX”, pero también -y quizá naturalmente- el salón de la intelectualidad parisina antes y después de la segunda Guerra Mundial.

Se entiende entonces lo que me dijo Lya unos días después de tan emocionante encuentro: “A estas alturas de la vida Rubén y yo habíamos decidido no hacer nuevos amigos, pero no sabe cuánto les agradecemos por habernos hecho conocer a Cora y Manuel”.

Nota: La *Maison de Verre*, 31 rue Saint-Guillaume, fue proyectada a finales de la década de 1920 por Pierre Chareau para el Dr. Dalsace. A la muerte de este la casa pasó a manos de su hija Aline Velay. Hoy, después de un intento frustrado de venta al Estado francés, la *Maison* está en manos del empresario y coleccionista norteamericano Robert Rubin a quien se le ha reconocido el especial esmero en su conservación .

Marco Negrón

Un recuerdo infantil

Conocí a Manuel Sadosky en Caracas cuando yo tenía unos diez años y él ya pasaba los 60. Lo recuerdo como un viejito calvo, de cara redonda y siempre, siempre sonriente.

Había llegado exiliado a Venezuela y trabajaba en el Cendes, un centro de investigación de la Universidad Central. Recuerdo su apartamento en un edificio de La Florida, especialmente la mesa de centro de la sala, llena de esos juguetes que muestran las reglas básicas de la física.

Era un hombre detallista, atento, y curioso de todas las personas que tenía cerca.

Yo pasaba las vacaciones de verano en la casa de mis abuelos, en Alginet, un pueblo de la rivera alta de Valencia, en España. Un día que jugaba en la calle me vinieron a buscar con prisas: me había llegado un telegrama y mis abuelos querían que lo abriera temiendo una mala noticia o en todo caso algo solemne.

Era un telegrama que me enviaban Manuel y Cora Sadosky... para felicitar me por mi cumpleaños.

Una vez también me llegó una postal firmada por la propia Torre de Pisa (pero con la caligrafía de Manuel), que me pedía que escribiera un cuento con ella de protagonista.

Cora murió en 1982. Yo tenía quince años y había reprobado de nuevo en matemáticas. Me tocaba ir a exámenes de reparación en septiembre. Entonces, mi familia y otros amigos de Manuel urdieron un complot: pasaría las vacaciones con él en Barcelona estudiando. El tendría compañía y quizás yo finalmente aprendería las tablas de multiplicar.

En esos días Manuel mostró las virtudes que lo hacen inolvidable: su amor y paciencia de maestro, evidenciados en esa dedicación a una estudiante que todos sabíamos jamás sería brillante para las matemáticas.

Los ratos en que no hacíamos ejercicios en el cuaderno, paseábamos, escuchábamos música argentina grabada en enormes cintas, y conversábamos, muchas veces con su amigo Jacobo Muchnik, incomparable narrador de historias.

Una de las anécdotas más bonitas que me contó Manuel fue sobre su nombre. Decía que cuando él nació, su padre, que no hacía mucho había llegado a Argentina, casi no hablaba español y por ello le pidió a un vecino italiano que lo acompañara a inscribirlo. El padre le explicó el nombre que le quería poner. Pero al italiano no le gustaba y simplemente lo registró como Manuel. “Estoy muy contento de que haya sido así. Me gusta mi nombre”, me dijo sonriente.

También me contaba de su casa de Buenos Aires, que siempre conservó y nunca pensó en vender. Al regreso de la democracia, efectivamente, volvió a habitarla, esta vez casado con Katún Troise, su vecina de muchos años y con quien tenía una complicidad pícaro y adolescente.

Años después me han vuelto sus recuerdos y muchas preguntas sobre él que no me hacía entonces. Saber con la conciencia adulta los muchos y muy duros tiempos que le tocó vivir y ver de nuevo en mi mente su sonrisa perenne me emociona, me produce admiración y ganas de escuchar de nuevo su voz para infundirme ánimo.

Nina Negrón

DOS ANÉCDOTAS ACERCA DEL PROFESOR MANUEL SADOSKY

1. Colectiva y no personal

Manuel era profesor de Análisis Matemático al mismo tiempo que vicedecano de la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales, allá por finales de los 1950, materia que generalmente era la primera que tomábamos todos, por lo que, todavía en Perú, en el año 1957, se juntaban bastantes estudiantes, no sólo de la carrera de Matemáticas, sino de varias de las otras de la Facultad en un aula grande en gradas en la Planta Baja. El bullicio era mucho y Manuel iniciaba sus clases. Cómo hacía para hacernos callar y atenderlo? Pues comenzaba hablando muy bajito de modo que una parte sino casi todos debíamos aguzar el oído y hacer callar a nuestros compañeros para entender lo que estaba diciendo. Así, sin gritarnos, sin castigarnos, sin criticarnos, lograba fácilmente convocar nuestra atención. Habilidades de un gran maestro, que lo era además por su exposición; el curso era espléndido y yo tenía una vara de comparación por haber cursado una materia similar en otra facultad.

2. Personal (y una vez más un gran maestro)

A fines de ese año de 1957, yo me presenté a examen de esa materia, Análisis Matemático; mi primer examen en aquella Facultad todavía en Perú, bastante abatado aunque ya tenía algunos años de universidad en otra facultad y, además, vía la excelente relación de aquellos años entre el movimiento estudiantil y las autoridades, nos conocíamos mutuamente.

El examen, en gran parte, al menos, era oral. Manuel me hizo varias preguntas creo bien contestadas pero una de ellas aunque elemental llevó a una contestación de mi parte que era una barbaridad. Me detuvo y me dijo: “no me podés dar esa contestación; volvé a pensar tu respuesta”, a lo que, casi inmediatamente, le di la respuesta correcta y me puso una excelente nota, lo que además de la fascinación por la matemática y por aquellos profesores de gran envergadura profesional y humana, me ayudó a empeñarme más en la carrera. Ahora bien, eso fue a fines de 1957. A comienzos de 1982, Manuel estaba en París, donde en esa época vivía, también, una hermana mía que había trabado amistad con él y lo había invitado a almorzar en su casa donde yo estaba por unos días de paso camino a un año en La Haya con mi hija que en aquel momento tenía 7 años. Tocó Manuel el timbre de entrada y mi hermana me pidió que saliera yo a abrirle la puerta. Nos saludamos afectuosamente después de años de no vernos y le presenté a mi hija. Inmediatamente, casi un cuarto de siglo después, Manuel se dirige a mi hija y le dice: “a tu papá le tomé examen una vez y me contestó sin pensarlo bien, una tontería, a lo que yo le dí una oportunidad de corregirse y para mí satisfacción lo hizo. Vos tenés que aprender a pensar bien lo que contestes en las pruebas que te tomen en la escuela”. Casi 25 años después; eso es la memoria de un maestro que puede recordar a sus estudiantes...

Arturo O’Connell
febrero de 2014

Don Manuel Sadosky. Recuerdos personales.

Creo que una de las características muy personales de Manuel no fueron suficientemente exploradas. Y fue la forma en la cual se involucraba con quienes lo rodeábamos.

1. Corría el año 1962 y la industria de la informática daba sus primeros pasos. En algunos grupos, en particular los de los así llamados “consultores”, surgía la necesidad de contar con “algo”. Y se da que uno de ellos, comandado por los Shapiro de aquella época adquieren una extraña máquina, mitad válvulas, mitad transistores. Y buscan alguien que se le anime. No éramos muchos los que podían animarse en aquella época. Y me buscan en el Instituto. Luego de increíbles (al menos para mí) entrevistas grupales (en el sentido de estar en el centro de un círculo rodeado por la plana mayor de la firma) me ofrecen el oro y el moro (en comparación con lo que nos pagaban en aquella época en Calculo) para que abandone la Facu y el Instituto y pase a trabajar con ellos. Debo reconocer que me sentí mareado. Lo comente con Manuel y con mi padre. Recuerdo de mi padre su profunda formación humanista y social. Quien después de largos análisis y discusiones me recomienda seguir con mi vocación con Manuel. Se lo comento al día siguiente a Manuel y comentándole mis largas charlas con mi padre y de que seguía con él.

Lamentablemente en el 63, dos semanas antes de que me casara, mi padre fallece de un infarto que venía sufriendo desde hacía ya algunos años. Vivíamos en Ituzaingó y bastante lejos de la estación. O sea, un periplo no sencillo para quien no conocía la zona en aquella época. Apenas comenzado el velorio, aparece Manuel, quien se queda a mi lado por largas horas. Y donde más de una vez pone de manifiesto lo que sentía por mi padre, pese a que no lo había conocido personalmente, salvo por mis charlas y anécdotas.

2. A los pocos días de producida la noche de los bastones largos y visto de que no había marcha atrás, se comienza producir y de a poco la marcha de los más de cien miembros del instituto de calculo hacia otros países y destinos.

En mi caso particular recordemos de que al momento del desastre, De Gaulle había prometido en el 1965 una donación a la Univ. Del orden de los 1,5 millones de dólares (de aquella época) para una supercomputadora modernísima (insisto, de aquella época) para ser instalada en reemplazo de la Clementina (una BULL 60 súper full y cinco BULL 30 en conexión remota en diferentes Facultades e Institutos). Si mal no recuerdo una iba a Ingeniería, otra a Medicina, otra para Gino Germani, otra para Agronomía y el resto no recuerdo. En el contrato se incluía el cubrir la formación profesional en Francia para varios miembros del Instituto. Entre ellos figuraba personalmente para llegar a un PHD en Computación. Obviamente todo esto quedó en la nada.

Recordemos además que Manuel era un entusiasta divulgador de las nuevas tecnologías. Y visitaba para promover estas cuanta oportunidad se le presentaba.

Entre ellas la primera expansión importante tecnológicamente de Dalmine Siderca en Campana. Allí fuimos. Se firma un contrato de asistencia, entrenamiento y selección de personal para lo que fue una de las primeras instalaciones siderúrgicas en Argentina que involucraban equipamiento electrónico de avanzada en el control de grandes maquinas eléctricas y un primer controlador digital, al cual llamaban pomposamente computador.

Me hice cargo de este proyecto y una vez por semana iba a Campana, organizaba reuniones, seleccionaba personal de mantenimiento y los hacía ir al Instituto para irse acostumbrando al manejo de estas nuevas electrónicas y su instalación y mantenimiento. Simultáneamente y en colaboración con el Depto. de Electrónica de FIUBA, seleccionaba los futuros Ingenieros.

Evidentemente y producida la Noche de los Bastones Largos, este proyecto quedó en la nada.

La Dirección Técnica de Dalmine Siderca se pone en contacto conmigo para ofrecerme un contrato. Como mi aspiración personal era irme del país, rechace el ofrecimiento. Pero por un lado mi Sra (Medica) no aceptaba el irse por razones familiares, y por el otro los meses pasaban y había que sobrevivir, además lo mantenía informado a Manuel. Quien visto mis vacilaciones me convence en aceptar una reunión, en la cual el me acompañaría, como mi Manager.

Esta se produce, y se producen situaciones de las cuales nunca podré olvidarme. Sobretudo la forma en la cual Manuel me “vende”. Y la forma en que discute lo que debería cobrar. En algún momento manifesté que si me tomaban a mi, deberían también incorporar a algunos de los ex miembros de mi grupo. Algo que no aceptan. Y siguen las discusiones. Finalmente se ponen de acuerdo entre mi Manager y el Director Técnico. Cuando salimos le manifiesto mi agradecimiento pero pongo en claro en que como la cifra era absurdo (para nuestras costumbres de aquella época), yo la compartiría con mis ex hasta que consiguieran trabajos. Hecho que cumplí. Lo importante es que Manuel me dedico toda una mañana en la cual desempeño una función que siempre le admiré. Por un lado la devoción a quienes el había prohiado y seguido y por el otro la brillantez con la cual había puesto de manifiesto sus cualidades de verdadero Manager. (¡¡¡No le gustaba que me expresara de ese modo!!!).

Jonas Paiuk

Recuerdos sobre Manuel Sadosky en el exilio de Caracas, Venezuela

Llegué a Caracas exiliado, con mi mujer y mis dos hijos, a comienzos de 1976. Entre los numerosos exiliados argentinos había varios académicos y científicos, y el decano de todos ellos era indudablemente Manuel Sadosky, acompañado por su entrañable esposa Cora Ratto. Yo conocía a Manuel a la distancia, desde mi época de estudiante de medicina en los años 60, pues fui compañero de estudios de Daniel Goldstein, quien eventualmente se transformó en su yerno al casarse con su hija Cora. En los 4 años que coincidí con Manuel en Venezuela, nos hicimos amigos y compartimos muchas reuniones con otros exiliados destacados como Mauricio Goldenberg, Mario Testa, Adolfo Gass, entre otros, en las que se discutía de política científica y de las atrocidades que estaba cometiendo la dictadura militar argentina. Sin embargo, quiero rescatar aquí las facetas más personales de Manuel: su afabilidad, su jovialidad, su permanente y contagiante buen humor, su sentido común y, especialmente su característica de abuelo ejemplar. Resulta que mi hija Analía tenía la misma edad que su nieta Cora Sol y fueron muy amiguitas a partir de los 3 años y medio. Iban al mismo jardín de infantes (Rondalera) y era frecuente que, a la salida del jardín, pasaran tiempo en casa del abuelo Manuel, que vivía muy cerca, en el barrio de La Florida. Recuerdo cuando iba a buscar a Analía a su casa, que encontraba a un Manuel tierno y amoroso, entreteniendo con cuentos y acertijos divertidos a las niñas, que lo escuchaban embelesadas. La conjunción de humanismo, afecto a toda prueba, jovialidad, inteligencia, sentido común y coherencia, es el recuerdo imborrable que mantengo de Manuel Sadosky.

Víctor Penchaszadeh

Quiero mencionar en forma general la capacidad y el gusto de Manuel por impulsar, ayudar, en el armado de grupos, iniciativas fértiles, a veces muy complejas. Un caso que me tocó muy de cerca fue el esfuerzo que hizo, contribuyendo a una iniciativa que yo había tenido en el posgrado en que actuaba y de hecho conducía en el Centro de Estudios de Ciencias. Propuse un Seminario a los alumnos, a 20 años de la desaparición de Oscar Varsavsky. Manuel se hizo parte sustantiva y contribuyó generosa e inteligentemente, no solo con su presencia sino con material valiosísimo que se había gestado en la Universidad de Caracas donde recalaron ambos. Manuel era un "gustador" de genios y en el caso de Oscar, un personaje complejo, difícil, no vacilaba en estimular no solo el reconocimiento sino el aprovechar sus enseñanzas. Detrás del Seminario con Oscar siempre estuvo el apoyo, el empuje de Manuel. Si no recuerdo mal, Clementina se adquirió pensando en Oscar para conducirlo y "explotarlo"... Por decir algo y lo envió enseguida, antes de que se me escape, aunque siento que no digo todo lo que significa Manuel para mí, de quien tengo una foto que me acompaña siempre en la cabecera de mi cama, jugando con una integral; Manuel fue un niño juguetero hasta su muerte...

Sarita Rietti

MANUEL SADOSKY

La amistad de mi marido, Jorge Roulet (Yuyo), y mía con Cora Ratto y Manuel Sadosky forma parte de nuestra relación con la vida universitaria, académica y científica que nos vinculó desde muy lejos.

En 1973 tuvo un punto de encuentro particular y de gran compromiso ciudadano. Llegado el peronismo al gobierno, al ser designado rector de la Universidad de Buenos Aires el Dr. Vicente Solano Lima, se intentó una apertura democrática llevando al decanato de tres Facultades a representantes no pertenecientes a ese signo político: por Medicina el Dr. Aldo Neri, por Ciencias Exactas el Dr. Manuel Sadosky y por Ingeniería, a propuesta del Centro de Estudiantes “La línea Recta” conducido por el radicalismo, Jorge Esteban Roulet. El primero no aceptó, Sadosky asumió el desafío pero fue objetado ideológicamente por los estudiantes. Sólo quedó el decanato en Ingeniería. Fue una experiencia efímera y luego de su fracaso y ante las persecuciones de la época, Cora y Manuel debieron dejar el país.

Los visitamos en Venezuela y luego Jorge en Barcelona. Allí, si mi memoria no me es infiel, le presentó a Raúl Alfonsín con quien se creó un vínculo de respeto intelectual y político y de afecto personal.

Regresado en 1982 a Buenos Aires, ya desaparecida Cora, Manuel se incorporó a un muy nutrido grupo de científicos convocados por el Centro de Participación Política -CPP-, creado y dirigido por Jorge Roulet, quienes trabajaron en el diagnóstico y las propuestas de política científica y tecnológica para el país, preparando la recuperación de la democracia. Llegados al gobierno el Presidente Alfonsín lo designó a la cabeza de la Secretaría de Ciencia y Técnica, donde realizó una importantísima y eficaz tarea.

¿Cómo siguió nuestra amistad? Hay muchas simpáticas anécdotas. Un viaje a Misiones para celebrar los 15 años de la hija de un amigo común, el Ing. José Luis Coll -Kuky-, en mi auto conducido por el novio de mi hija Florencia y yo, mientras atrás ella –historiadora- y Manuel no dejaban de deleitarlos con sus conocimientos y su charla erudita y entretenida sobre temas científicos e históricos, lo que nos acortó los 1300 km. de travesía.

Pocos meses después un encuentro en un evento científico donde otro amigo “compinche”, Carlos Martínez Vidal, al encontrarnos los tres le observa a Manuel su elegancia y su aire alegre: tengo algo para contarles a la salida de aquí. Al reunirnos nos dice, sonriente y ruboroso: “me voy a casar”. ¡Qué bella noticia!

No pude ir al casamiento en el Registro Civil, pero sí lo hizo Florencia que no quería estar ausente por ningún motivo. Manuel y su nueva esposa vivían, por casualidad, en distintos pisos del mismo edificio lo que justamente les posibilitó el re encuentro luego de una gran amistad que había seguido distintos caminos por muchos años. Era la época inmediata a la sanción de la ley de divorcio y la jueza que los casó imaginó la legalización de una vieja

relación y así lo dijo. Apenas terminadas sus palabras la novia puso las cosas en su lugar:
“¡Esto recién empieza!”.

Y así entró la encantadora Katún en nuestras vidas.

Elva Roulet
Buenos Aires, 2 de diciembre de 2013.

Manuel

Tuve la extraordinaria oportunidad de compartir la última parte de la vida pública del Dr. Manuel Sadosky cuando trabajé en las Escuelas Brasileño-Argentinas de Informática, las EBAI, durante el gobierno del Dr. Alfonsín. Inspiradas por una Escuela de Verano organizada en Tandil por el Ingeniero Orbe, dos asistentes a las mismas, Armando Haebeler y Carlos Pereira Lucena las transformaron en una realidad cuyo impacto es imposible dejar de valorar. El Doctor Sadosky, Manuel, como lo conocíamos todos, fue el artífice del apoyo de todas ellas durante su gestión como Secretario de Ciencia y Tecnología de ese gobierno. Sin él no hubieran sido posibles o hubieran sido un fragmento de lo que son.

Notablemente, Manuel y yo éramos viejos conocidos. Mi papá, José Alberto Rubinstein, fue consejero universitario por la Facultad de Medicina durante la época dorada de la reforma en los años sesenta, al mismo tiempo que Sadosky lo era por Exactas. La amistad surgió fácil entre los dos socialistas 'de Palacios', como se acostumbraba decir. No era lo que todavía hoy se considera un tío putativo, esos parientes queridos que se suman a la familia en todos los eventos, pero no era tampoco un desconocido que apenas pasaba por casa. Así fue que cuando en quinto año del colegio me enteré que no podía ser maestra jardinera sin cursar las materias pedagógicas de 4to y 5to del Normal y hacer las prácticas...tuve que empezar a pensar mi destino alternativo. Sentía una afición por la matemática, aunque no hubiera antecedentes familiares, me gustaba...entonces mi mamá me empezó a llevar a todas las charlas y seminarios que daba Sadosky. Inclusive tengo un diploma de un curso de Manuel (¿Dónde estará? ¿Existirá todavía?). Ya por entonces Manuel era el padre, el pope, el prócer de la computación. Me mostré interesada en ese nuevo tema, al que las revistas llamaban 'la profesión del futuro'. Mamá decidió que hablara con él directamente así que fuimos a su casa y me convenció que era lo mejor del mundo y me enganchó en las charlas de orientación vocacional que se daban en Exactas.

Sin la atención que mi mamá le prestó a una hija suya díscola con las elecciones de su padre, y la presencia oportuna de Manuel la elección de mi carrera pudiera haber sido otra. Sin los años en Exactas, mi vida misma hubiera sido otra.

Pasó la democracia y vinieron los dolores del fascismo. Parafraseando a Alfonsín, con la computación también se come. Muchos años después de su oportuno y prolífico exilio, volvió Manuel a la Argentina. Fuimos varias veces a visitarlo en su departamento del Barrio Norte y siempre se mostraba muy feliz de que hubiera hecho la carrera que él fundara, computación científica. Fue poco después que empezó nuestra relación con el tema EBAI dentro del marco del PABI, el Programa Argentino Brasileño de Informática que les brindaba marco. ¡Siempre me llamaba para ver cómo estaban las cosas, siempre me ayudaba con el trámite de los fondos!

Cada vez que tenía que ir a las inauguraciones de las Ebais me pedía que fuera su chaperona, que le ayudara con los nombres y las posiciones de todos los que, invariablemente atraídos por su personalidad y renombre, se acercaban a saludarlo. Manuel nunca pasó desapercibido en ningún evento del PABI. Actos, almuerzos, reuniones políticas eran siempre lugares donde brillaba con su modo fácil, su clásica falta de arrogancia y su sabiduría.

Tampoco le faltaba picardía y sentido del humor. En la 4ta EBAI (febrero 1989) en Río Hondo, el dinero argentino no llegaba y siendo el país anfitrión debíamos pagar todas

las reservas. Los brasileños, conocedores del problema, consiguieron temprano los fondos y los mandaron al Banco de Brasil en Argentina. La mutua confianza adquirida en tres años y medio de trabajo en común con resultados inimaginables hicieron que me dieron firma para que pagara las reservas, ¡aunque eso no fuera muy kosher! Los días pasaban y los fondos de Argentina no llegaban. Cuando ya se acercaba la fecha aún no teníamos la plata pero las reservas ya estaban pagas *in flagrantis delicti*. Un día Manuel me llama a la oficina de la EBAI en la calle Suipacha y me dice "Hola Viviana, ¿cómo se dice Viviana Leonor en hebreo?" yo le contesté que no tenía NI idea y por qué me preguntaba eso. Manuel, muy suelto, me dijo "el dinero no aparece y en el momento que tengas que pagar todo, no sólo te van a buscar los dueños de los hoteles, restaurantes, empleados, etc. para matarte sino que cometiste un delito internacional al usar la gaita de los brasileros así que te vas a tener que ir a Israel donde no existe la extradición". Días después la plata apareció y las cuentas cerraron, pero el susto que me pasó Manuel duró varias semanas.

Años más tarde asistí al casamiento de Manuel con su vecina de piso. Viudo acérrimo durante muchos años, al final de sus días consiguió una compañera en el mismo edificio donde vivía. Un día decidieron atar el nudo y unificar sus vidas. El joven juez que los casaba se sentía confundido por un matrimonio de octogenarios que reunía una afición tipo estadio de básquet. Mucho más preocupado por su propia actuación que por sus funciones, el joven sintió adecuado opinar sobre la oportunidad de regularizar la situación en que vivían, dirían las abuelas de entonces, 'en pecado'. Hubo un murmullo entre los asistentes. ¿De dónde habrá el tipo este sacado eso? De repente, caímos varios: La dirección de ambos novios era idéntica. La conclusión era para él, clara: vivían juntos. El rumor se extendió por la sala. Cuando llegó a Rebeca Guber pasó de rumor a lección: "Joven, dijo la Rebe, viven en el mismo edificio pero se van a mudar mañana al mismo departamento". Manuel reía con ganas, mientras su juez tenía una apoplejía en público.

Viviana Rubinstein

El tío Manuel

Mi viejo¹ me enseñó un Manuel gigante mucho antes de que yo tuviera capacidad para asimilar un tío a la medida de mis posibilidades. Y no era sólo el personaje público -aunque sin duda lo era también- el que estaba implicado en tamaña enseñanza. Una clave era entender cuánto se pueden querer dos hermanos, cuánto se pueden cuidar, admirar, disfrutar, divertir...

Orgullosos de su origen humilde con padres de otro alfabeto, de su vocación docente y de su voluntad transgresora, los hermanos Sado(v)sky(i)² –todos- constituían una especie de prédica permanente que siempre parecía estar dejando ver un costado revelador de su propia historia. Es en ese conjunto de hijos de inmigrantes rusos que armaron su vida con alegría y con audacia, en esa imagen de conventillo con la ropa tendida en el patio y con la mesa grande llena de libros en la que habían fundado su “academia de ayuda escolar” que me gusta pensar al tío Manuel. Y tomando ese gran escenario como fondo que orienta una marcha, recupero un par de pequeñas pinceladas que tocaron mi vida.

Nací sabiendo que mi mamá había sido expulsada del Partido Comunista por haberse transformado en cuñada de Manuel. De manera increíble y aunque pudiera reconocer la arbitrariedad de la medida, mi vieja seguía adhiriendo al PC de modo más o menos secreto, según las épocas. Al calor de esa historia, y a raíz de los diálogos que sobre ella yo presenciaba entendiendo lo que puede entender una nena chica, Manuel me fue ofreciendo una primera lección infantil contra el esquematismo y la rigidez en el pensamiento. Me sirvió por mucho tiempo. En los últimos años de su vida le pregunté por qué lo habían expulsado del PC. Conocí de su voz las razones: se oponía a Perón, pero también se oponía a la Unión Democrática. Una vez más -entre tantas- había desconocido la disyuntiva “oficial” –que reduce, que esconde, que distorsiona- para colocar una mirada diferente que –seguramente lo entendió así- preservaba mejor la coherencia de sus ideas. En mi historia con el peronismo, pasible de todas las contradicciones imaginadas, saberlo fue un verdadero alivio.

Cuidó y acompañó a mi madre en su joven viudez, y mucho tiempo después entendí cómo esa presencia había sido a la vez referencia.

En abril de 2005, dos meses antes de su muerte, lo invité a ver en el BAFICI un documental sobre un personaje de la inmigración judía del año 30 (*Jewel Katz y sus paisanos*, de Alejandro Vagnenkos). A poco de empezada la película y al tomar conciencia del período que en ella se relataba, Manuel me comenta en voz baja “uf, nada que ver, en el año 30 cuando estos recién llegaban nosotros ya habíamos hecho un montón de cosas”. Me conmovió que a los 91 años, luego de una vida con tanta cosa cambiada de lugar

¹ David –apodado *El Loro*- uno de los hermanos de Manuel

² Todos están inscriptos de manera diferente

gracias a su don empujador, prevaleciera aquel orgullo basado en haberle ganado en el tiempo a *Jewel Katz*. Fue la última vez que lo vi. Y ese recuerdo, me calienta el alma.

Patricia Sadovsky

Algunos recuerdos de Manuel Sadosky

Lo conocí al entrar a Exactas en 1959. Yo necesitaba trabajar y me ofreció ser el secretario (pinche) de la Sociedad Argentina de Cálculo, tarea consistente en publicar un boletín (hay ejemplares en la web que subió Ernesto García Camarero), y organizar charlas y seminarios.

Manuel no trabajaba como científico, algo que descubrí enseguida. Pero tenía dos virtudes: la primera era organizar a la gente detrás de objetivos, a veces confusos, pero que iban en una dirección correcta, y la segunda ser un profesor extremadamente didáctico y aplicado, en un contexto donde poner todo en difícil se consideraba una virtud. Gracias a él entendí lo que eran los logaritmos, tema que me había torturado en el secundario aunque era trivial.

Un día me contó que iban a traer una computadora y por eso me invitaba a hacer un curso de programación que iba a dictar C. Popplewell. Esa invitación marcó mi vida para siempre pues me recontra enganché con la Computación y la Matemática Aplicada. Obviamente no fui el único, Manuel influyó decididamente en la vocación de muchas personas.

También un día me preguntó acerca de porque creía que había tantas diferencias de calidad entre Stanford y Exactas en la enseñanza de la Computación dado que los programas eran similares. Y, deben ser los profesores le contesté. Casi me mata.

Un día me llamó porque un cristalógrafo necesitaba que le hiciesen un programa que era horrendamente complejo (hoy en día también lo sería). Pero acepté, porque Manuel provocaba en el personal una fobia a decir que no. Y creo que las cosas se movían por esa característica que tenía.

Hugo Scolnik

Siempre ayudando, de mil y una maneras

El 27 de octubre de 1973 las fuerzas armadas uruguayas intervenían la Universidad de la República; para muchos, demasiados, estudiantes y docentes, empezaba un largo período de incertidumbres entre las que se contaba el exilio. Había que sobrevivir, y el Uruguay dictatorial no ofrecía oportunidades a los echados de la universidad, entre los que me contaba. Argentina, entonces en un interregno democrático, era una opción soñada, aunque para quien no tenía más para mostrar que ser una estudiante avanzada de ingeniería, las opciones laborales imaginadas no iban más allá del trabajo doméstico o de las ventas. Pero allí apareció Manuel Sadosky. Tenía en la cabeza una tabla de doble entrada: uruguayos que sabían xxx y espacios laborales yyy que podían utilizar ese conocimiento. Nunca voy a olvidar ese primer encuentro en Buenos Aires. La sonrisa de incredulidad de Manuel ante la torpeza de mi búsqueda y su sugerencia luminosa: “Andá a hablar a FATE electrónica, que están armando un laboratorio de I+D porque van a hacer la primera minicomputadora argentina”. Allí fui, hablé con quien Manuel me había indicado (Pedro Joselevich, director de la división de desarrollo de hardware) y me contrataron! Gracias a Sadosky, cuyos esfuerzos en pro de una ciencia y una tecnología autónoma argentinas fueron incansables, puede estar cerca, durante todo 1974, de una de las iniciativas más notables del esfuerzo innovador latinoamericano, más allá de su corta vida, truncada en 1976.

Para los uruguayos (y no sólo para ellos) las cosas se empezaron a complicar mucho en la segunda mitad de ese año; hubo que moverse otra vez, ahora hacia el norte, rumbo a Caracas. Manuel Sadosky también siguió ese periplo, habiéndose insertado en el Centro de Estudios del Desarrollo, CENDES, de la Universidad Central de Venezuela, donde colaboró a fundar su Area de Ciencia y Tecnología. Nuevamente hizo Manuel gala de su condición de conocedor de oportunidades: el CENDES tenía una maestría en Planificación del Desarrollo (varios de sus profesores eran ex-ministros de Allende) para cursar la cual, por concurso, se proveía una muy decorosa beca. Generosa universidad, la Central, reservaba dos de esas becas para extranjeros. Habiéndome finalmente graduado y enterada por Manuel de esa oportunidad de oro para dar el salto a lo que resultó ser una vocación robusta por las ciencias sociales, me presenté y volví a tener suerte. Al cabo de dos años, ya con un cargo docente en el CENDES, tuve el honor de ser por un tiempo compañera de trabajo de Sadosky. Manuel le dio vida allí a las discusiones fermentales que la revista Ciencia Nueva había promovido algunos años antes, por ejemplo en “Ciencia e Ideología. Aportes Polémicos”

(<http://www.ciencianueva.com/documentos/editorial/Ciencia%20e%20ideologia-Aportes%20polemicos.pdf>).

La frase que más me gusta de su trabajo allí es: “No debemos dejarnos colocar frente a la alternativa de la frustración o la alienación.” A ayudar, en particular a los jóvenes con vocación científica, a tener otras alternativas, dedicó Manuel Sadosky buena parte de su vida.

Judith Sutz

RECUERDOS/ANÉCDOTAS DE MI RELACIÓN CON DON MANUEL

Prólogo

En el año 1964 cursaba ya el primer ciclo profesional en la Universidad Nacional de Tucumán, en la carrera de Ing Electrónica. Era un estudiante de rendimiento satisfactorio, integrado sin dificultades al medio ambiente de la Facultad de Ing. Tenía ante mí, para el año 1965, la decisión de escoger una especialidad para titularme. Todo indicaba que sería en el campo de la electrónica digital; seguramente llegaría a ser un buen ingeniero profesionalmente hablando, pero también tenía la percepción que no sentiría satisfacción en una vida dedicada y vivida en años futuros enfocado a lo que la ingeniería, en esos tiempos, se restringía: resolver nuevos problemas técnicos, garantizar el buen uso y funcionamiento de la tecnología ya aplicada. Me veía “aburrido” en el mediano futuro.

En la segunda mitad de ese año 1964 me enteré de la nueva carrera liderada por don Manuel en la FCEyN de la UBA, en Baires, que se enfocaba al uso de la computación digital, en pleno desarrollo en el mundo, para aplicaciones numéricas complejas a problemas de índole científico/técnico. La carrera de “Computación Científica”. Casi sin dudas me autoconvencí que era un campo que me permitiría vivir más realizado, en el mundo de las aplicaciones concretas variadas y cambiantes y también en el área académica.

Tomé contacto con don Manuel y me propuso que lo visite en Baires, apenas hubiera tiempo y ocasión propicia. Así lo hice a inicios de 1965.

Anécdotas/Recuerdos

La entrevista con don Manuel se llevó a cabo en su despacho en la ciudad universitaria. A metros de la sala donde ya funcionaba la CLEMENTINA.

Con su excelente calidez humana y sobresaliente calidad de maestro académico me incorporó, me persuadió convincentemente, para unirme al proyecto que tenía en marcha para los fines de formar suficientes recursos humanos calificados, capacitados, y entusiastas en este campo de la computación digital para el desarrollo del país. A la luz de lo alcanzado, sus metas se lograron satisfactoriamente.

Mis antecedentes de formación y buen rendimiento en el área de matemáticas en la UNT valió para que se me reconocieran, convalidaran, las materias aprobadas en Tucumán. Todas las clásicas de matemáticas básicas. Me recomendó, me exigió mejor, que cursara Algebra, como alumno oyente para habituarme a la “nueva álgebra “que impartía el Prof Gentile. Un acierto total haberlo hecho, haber seguido su consejo.

Cerrando la entrevista, don Manuel hizo la observación sobre el único inconveniente o dificultad que yo tenía: mi nacionalidad paraguaya! Al ver mi rictus de perplejidad, o espanto, me palmeó la espalda y acotó: su condición de paraguayo lo obliga a ser tan buen estudiante, o mejor aún, que los varios brillantes paraguayos que pasaron por esta Facultad en la escuela latinoamericana de Matemáticas. Ello fue el toque agudo y acertado, tan

propio de don Manuel, para comprometerme ser continuación de la tradición mejor entendida. Este toque de buen humor estimulante pasó a ser mi guía como estudiante de la FCEyN.

En el primer cuatrimestre de ese año 1965 cursé también Seminario Elemental de Cálculo y Programación. Ambas dos aprobadas satisfactoriamente.

A la luz de mi rendimiento en Programación, en el segundo cuatrimestre don Manuel me incorporó como programador en el Instituto de Cálculo. Finalmente así, con su guía y apoyo, encontré mi lugar en este campo.

Epílogo

En julio de 1966, otro General, irrumpió en mi existencia, para sacarla de su buen derrotero. Después de la noche de los bastones largos, don Manuel ya liberado de la Comisaría, los miembros del IC nos reunimos en su casa, en la calle Paraguay. Fue penoso verlo a don Manuel en el estado que quedó, en especial su cabeza, a consecuencia de los palos recibidos. En esa reunión decidimos todos renunciar a nuestros cargos en el IC.

Luego de unos meses, varios meses, por gestiones de don Manuel y doña Rebeca un grupo de ex miembros del IC nos incorporamos al Banco de Londres para poner en marcha las dos computadoras inglesas, de English Electric con licencia de la RCA, que ese Banco incorporaba por primera vez a sus recursos técnicos para la gestión de procesamiento electrónico de sus transacciones.

A partir de ese momento, mi vida se orientó al mundo no académico, sí muy profesional, en el que me desempeñé sin grandes dificultades gracias a lo adquirido en el mundo creado por don Manuel. Formación sólida y capacidad de estudio con auto aprendizaje.

Finalmente, estuve con don Manuel, en su depto en la calle Paraguay, unos pocos meses antes de su deceso. Fui a visitarlo para charlar y compartir lo transcurrido en nuestras respectivas vidas, luego de la noche de los bastones largos. Impactante verlo siempre lúcido, cálido, y memorioso de los muchos recuerdos, en especial de los que se relacionaban conmigo. Entrañable personaje inolvidable don Manuel, en particular para mí.

Luis talavera
2 de febrero 2014, Santiago de Chile

Una mente mágica

Cada semana yo llegaba, a las 5 de la tarde, a las residencias de La Florida, en Caracas. Llevaba un cuaderno azul en cuya etapa se leía, cuidadosamente manuscritas, dos palabras: “Física” y “Matemáticas”

Era como el alumno que se ha ido a examen en dos materias y va a la casa de “la particular” para que lo prepare.

En mi caso, se trataba de “un” particular. Un hombre de cultura infinita y paciencia insuperable.

Me dio un libro de texto: “Física para poetas”, de Robert H. March. De aquel libro sólo recuerdo el título (no la explicación) del capítulo donde se preguntaba por qué no cae la luna.

El libro se perdió en alguna mudanza transatlántica. En cambio, conservo el cuaderno.

Veo allí un cono cortado, y a sus lados las palabras “elipse”, “parábola”, “hipérbola”. Sé qué significan, pero no puedo descifrar esta ecuación:

$$V = \frac{\pi \cdot r^2 \cdot h}{3}$$

A Manuel la ciencia lo apasionaba y lo divertía. Se burlaba (sin soberbia, con una risa pueril) de los griegos y los romanos, que no podían hacer operaciones matemáticas porque, hasta que lo inventaron los árabes, el cero no existía. « Grecia y Roma tenían muchos genios, pero se negaban a otorgarle entidad a la nada », comentaba Manuel.

Le seducía hablar, respetuosamente, de los errores de Aristóteles, quien creía que los cuerpos más grandes caían más rápido. O de Galileo, que durante un tiempo supuso que caían recorriendo espacios proporcionales al tiempo.

Una tarde, tuvimos (por atrevimiento mío) una disquisición que no me atrevo a llamar académica.

Manuel hablaba de la polémica entre Albert Einstein y Niels Bohr, el precursor de la mecánica cuántica, que creía en fenómenos sin causa, resultado del azar. Einstein descalificaba la hipótesis: « Dios no juega a los dados ».

Yo era abogado, periodista, historiador y apasionado lector de política y economía. Se suponía que, como humanista, la idea de Bohr debía seducirme.

No era así. Siempre me había negado a llamar « ciencias » a las humanidades porque, a mi juicio, ciencia es aquella disciplina que ha identificado o se empeña en encontrar la causa de los fenómenos. Nosotros sólo podemos establecer correlaciones y probabilidades.

“Ciencias duras” me parecía una redundancia; la única que admitía era la ciencia a cegas. Para eso me cobijaba en Aristóteles: « Poseemos conocimiento científico de una cosa sólo cuando conocemos su causa ».

Manuel me recordaba que habían pasado casi 2.500 años desde la época de Aristóteles y sus compatriotas, esos que habían sido incapaces de inventar el cero.

Las nuestras eran conversaciones curiosas, entre un científico que aceptaba el indeterminismo y un humanista para quien no hay ciencia cuando no se puede comprobar las relaciones causa-efecto, que hagan los fenómenos previsibles y, por lo tanto, reproductibles.

La formación marxista de Manuel lo aproximaba a la idea de un humanismo científico. Karl Marx y Friederich Engels procuraron establecer leyes y sostener que, dado un hecho (como la propiedad privada de los medios de producción), las consecuencias eran

ineluctables. El propio Engels decía que el “materialismo histórico” se diferenciaba del socialismo vulgar porque era un “socialismo científico”.

La afectuosa polémica con Manuel prosiguió luego de que ambos dejáramos Venezuela. Fui a verlo a su nuevo refugio, Barcelona, desde Sevenoaks (Inglaterra), que era el mío. Tiempo después, él fue con su esposa, Cora Ratto, a vivir unos días en nuestra casa. Seguimos hablando entonces de la relación entre ciencia y humanidades.

Él sentía que la sociología o el psicoanálisis no estaban (y esto se entendía) tan lejos de la ciencia como sí lo estaba la religión. Por eso le causaba perplejidad el sentimiento religioso de Copérnico o Galileo. De Newton y de Einstein. O el de su admirado Johannes Kepler.

Una noche fui a buscar un capítulo en «The World of Mathematics», una obra en cuatro tomos que Manuel me había instado a comprar. La conservo como un tesoro pero nunca la leí; quiero decir, nunca leí sus 2.448 páginas, sino que la uso como libro de referencia.

El capítulo, escrito por John Maynard Keynes, el gran economista, se llama «Newton the Man», y en él Keynes, devoto de la ciencia, se atreve a señalar que el intelecto no es suficiente para comprender la infinitud del Universo. De Newton, a quien considera un científico incomparable, dice que fue «un extraño espíritu, tentado por el Demonio a creer que podía develar todos los secretos de Dios y la Naturaleza con el solo poder de la mente. Copérnico y Fausto en uno». Mi tozudez me hacía pensar que al Demonio no se le habría ocurrido tentar a nadie para que tentase, siquiera, la causa última de cada fenómeno social.

Manuel y yo hablábamos, también, de política internacional y, sobre todo, de la dictadura de la cual habíamos huido. En Caracas, solíamos reunirnos con otros emigrados argentinos y estudiábamos modos de incidir en el país, como si pudiéramos voltear al régimen «con el solo poder de la mente».

Con todo, algo pudimos hacer. Manuel ayudaba, desde el Consejo Venezolano de Investigaciones Científicas y Tecnológicas (CONICIT) a que intelectuales y funcionarios venezolanos comprendieran mejor la situación argentina y se convirtieran en voceros de la verdad. Por mi parte, como asesor del Gobierno, presentaba al Presidente Carlos Andrés Pérez informes sobre actos de violaciones humanas cometidos por la dictadura, y él transmitía tales informes al Presidente Carter, de los Estados Unidos.

En Londres, yo traté de influir a través de una serie de publicaciones, destinadas a informar sobre Latinoamérica (y en especial sobre la Argentina) al mundo angloparlante. En la editorial, mi empresa había introducido computadoras y soportó, por eso, violentos ataques del Sindicato Nacional de Periodistas y el Sindicato Nacional de Gráficos, que se negaban a aceptar las “nuevas tecnologías”. A Manuel lo asombraba aquel atraso de los sindicatos británicos. Veinte años atrás él había introducido en la Argentina la primera computadora, la gigantesca “Clementina”: una Ferranti Mercury, que permitió hacer modelos matemáticos de las cuencas fluviales, trazar perfectos “camino críticos» de obras públicas y perfeccionar las estadísticas del Estado.

Las tertulias políticas en la casa de Manuel se mezclaban siempre con temas, no sólo de política científica sino, también, universitaria. El recuerdo de la noche de los bastones largos era constante. Como lo era la evocación de aquella Universidad de Buenos Aires, tal vez irrepetible, modelada y administrada por figuras tan notables y progresistas como José Luis Romero, José Babini, Rolando García, Bernardo Houssay, Julio H. G. Olivera, Hilario Fernández Long y Risieri Frondizi.

Cuando volví al país, Manuel, que había regresado un par de años antes, era Secretario de Ciencia y Tecnología en el gobierno de Raúl Alfonsín. Fui un asiduo visitante de su despacho y un día él me llevó, con justificado orgullo, a conocer, en el Parque Pereyra Iraola, la Escuela Superior Latinoamericana de Informática (ESLAI): una obra de Manuel que dio un gran impulso a la cibernética en el país.

Él había influido en mi pensamiento, y mucho de lo que « La Argentina del Siglo 21 » dice sobre cibernética deriva de lo que aprendí de Manuel, a lo largo de charlas informales que eran, para mi, clases magistrales.

Cuando yo era ministro de Obras y Servicios Públicos, Manuel solía hacer reuniones, en su departamento, con científicos e intelectuales, para darme la oportunidad de explicar mis políticas y oír las invaluable críticas de aquel pequeño auditorio.

Años más tarde, como senador, impulsé la institución del Premio Domingo Faustino Sarmiento, y el primero en recibirlo fue un genio (desconocido en su país, Argentina): el biólogo molecular David Sabatini, del cual Manuel y yo éramos amigos en común. El segundo fue para el propio Manuel y el tercero, a instancias de él mismo, al brillante matemático Mischa Cotlar.

Hasta sus últimos días, fui beneficiario de las enseñanzas y el afecto de Manuel.

Para mi él sigue siendo una sonrisa cándida, una mano rugosa sobre mi antebrazo, una voz que no se irrita ni para repudiar, un talento que desborda, un patriotismo sin grotescos, una mente mágica, una generosidad desmedida y una modestia tan sincera como injustificada.

Rodolfo Terragno

Almuerzos con Sadosky

Un día antes de leer el correo donde Carlos Borches me invita a escribir algún recuerdo de Manuel Sadosky, él se me había hecho presente. Estaba leyendo el último libro de Guillermo Martínez y en uno de sus cuentos menciona “el libro de D’Arcy Wentworth Thompson” (página 166). Se trata de “On growth and form”, publicado en 1945, que hace muchos años (en la década del 50) encontré en la biblioteca de Manuel y se lo pedí prestado (se lo devolví) para leerlo con el entusiasmo de un joven estudiante de medicina.

En esos años íbamos todos los martes con Hersch Mordoqueo (Coco) Gerschenfeld (a veces también Dora Jassik y Asia Selvín) a almorzar con Manuel y Cora Ratto, quien nos preparaba una suculenta buseca que todos disfrutábamos, acompañada por alguna(s) copa(s) de buen vino.

Lo mejor era –no podría ser de otro modo tratándose de Cora y Manuel– la conversación que giraba en torno a la ciencia, la literatura, el cine y principalmente la actualidad política. Los ocasionales desacuerdos sobre coyunturas o temas menores nunca enturbiaron la amistad que nos unía, pese a la diferencia de edad que en ese entonces era mayor que ahora.

Hacia finales de la década del 50, cuando yo ya había abandonado la práctica de la medicina, me llevó al rectorado de la UBA donde Risieri Frondizi peleaba contra su hermano Arturo por eso de la libre o la laica. Ocupé la dirección de bienestar estudiantil y compartí la lucha de esa época junto con entrañables personajes como Manuel, Oscar Varsawsky, Rolando García y Boris Spivacow, quienes estaban entre los que orientaban uno de los períodos más productivos de la Universidad argentina. Pero perdimos y así nos fue.

Después, mi primer exilio (económico) nos separó durante una década para volver a juntarnos durante mi segundo exilio (político) durante el cual llegamos a compartir en el Centro de Estudios del Desarrollo de la Universidad Central de Venezuela las actividades docentes en un curso sobre sistemas (a su cargo la parte matemática, yo me ocupaba de los aspectos sociales).

Sólo el final del tiempo podrá borrarlo de mi memoria.

Mario Testa

Manuel Sadosky-Nota Breve

Si bien conocía de nombre a Sadosky, porque mi padre luego de recibirse de médico había sido compañero de él cuando estudiaba la Licenciatura en Ciencias Físico-Matemáticas y con frecuencia lo mencionaba en las charlas y los almuerzos familiares, entré en contacto directo con él y con su esposa, Cora Ratto, al iniciar yo Ingeniería en Telecomunicaciones, en 1951, en la Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales, en la calle Perú, y cursar Análisis Matemático I, cuyo profesor era el Dr. Juan Carlos Vignaux. Cora y Manuel estaban a cargo de los Trabajos Prácticos. Estudiamos un montón ese año y establecí con ambos una estupenda relación. En 1952 fui ayudante honorario de esa misma materia y por dos años consecutivos. Trabajábamos muchísimo y con entusiasmo, pues Manuel inyectaba ganas de hacer y siempre con buen humor, muy especial por cierto. Junto con un compañero, el actual Ing. Ricardo Gayoso, corregimos las pruebas y recalculamos todos los ejercicios de su primer libro CÁLCULO NUMÉRICO Y GRÁFICO, mientras disimuladamente mirábamos a su hija Corita, entonces adolescente, que solía pasar por un costado. Guardo celosamente el ejemplar dedicado de su puño y letra que me regaló. Gayoso y yo íbamos regularmente muy temprano por las tardes a su departamento de la calle Paraguay donde, además de trabajar y tomar abundante café, hablábamos de diversos temas que, sin darnos cuenta generaban enseñanzas de ciencia y de vida. Muchos de ellos se transformaron posteriormente en indicadores de línea de conducta académica y de pensamientos orientadores. A raíz de la construcción de una locomotora impulsada y muy promocionada por el gobierno de esa época, recuerdo su comentario: Es de mayor importancia y proyección establecer una fábrica de bicicletas, concepto que trae a la memoria tantos proyectos iniciados sin las bases suficientes que luego quedaron abortados. Durante 1957-8, volví a estar en contacto directo y regular siendo Manuel Vice-Decano de la Facultad de Ciencias Exactas, siempre en la calle Perú, en esta ocasión como ayudante rentado y miembro del grupo sobre computadoras, antecesor del Instituto de Cálculo. Mucho estudiamos e interactuamos. En 1960 viajé a EEUU y mantuve una correspondencia bastante frecuente con Manuel; fue por su intermedio que entré en contacto con gente de Baylor College of Medicine, lugar que jugaría un papel significativo en mi formación académica y vida intelectual. De regreso al país en período durísimo y negro y luego de superado el mismo, lo visité en su despacho de la Secretaría de Ciencia y Tecnología; con posterioridad, Manuel estuvo en el Laboratorio de Bioingeniería que yo dirigía en la Universidad Nacional de Tucumán, donde dialogamos durante unos cuantos minutos frente a todo el personal del mismo. Poco antes de fallecer, de lejos lo vi cruzar con alguien lentamente, con cierta dificultad, la Avda. Córdoba muy cerca de la intersección con Callao. El tránsito me impidió alcanzarlos y no me atreví a continuar. Fue la última vez. Siempre lo he reconocido como uno de mis dilectos maestros.

Máximo E. Valentinuzzi
Yerba Buena, Tucumán

Dos anécdotas del joven Manuel Sadosky

De chico, Manuel fue un buen jugador de fútbol. Contaba que el juego tuvo un misterio para él: el ritual al principio del partido. El que hacía de árbitro les decía a los capitanes de los equipos: “¿Aurieri?” y ellos contestaban “¡Diez!”. A veces un vivo decía “¡Once!” (porque eran 11, ¿no?) o “¡Nueve!” (porque sí, nomás). Años tuvieron que pasar, y Manuel aprender inglés, para darse cuenta de que era una versión fonética de lo que decían los referees importados de Inca-la-Perra: “Are you ready?” y los capitanes “Yes!”.

Clase de astronomía (Manuel habrá tenido 9 años). El maestro: “Si suponemos que la tierra tiene el tamaño de una naranja, unos 10 cm de diámetro, ¿qué tamaño tendrá el sol?” Manuel, bueno en cálculo mental, levanta el índice. “¿A ver, Sadosky?” “Unos 11 metros, señor...” se queda con el índice en ristre y agrega “... supunguemos.”

La obesidad de Clementina

Fines de noviembre, 1960; suena el teléfono:

“¿Davicho? Manuel. ¿Tenés un manual para convertir medidas inglesas a cristiano?”

“Sí, por aquí anda ... aquí está. ¿De qué se trata?”

“De convertir libras por pie cuadrado a kilos por metro cuadrado.”

“Un momento ... Sí. Hay que multiplicar por 4,88261, bah, casi 5.”

“¿Multiplicar por 5?”

“Sí”

“(silencio) ¡Carajo!”

Tuve el placer y el honor de frecuentar al Dr. Sadosky durante más de 60 años y ésta fue la única vez en que le oí decir una palabrota.

“Manuel, ¿qué pasa?”

“Que me acaba de llegar el manual detallado de instalación de la Mercury, y si la instalamos en Perú ¡se nos cae al sótano!”

Y así fue como la futura Clementina terminó en la Costanera...

Y una anécdota del eterno educador

Alrededor de 1972 Manuel y Cora nos visitan en París. Mi hija Sol tiene unos tres años, y los demuestra activamente. Manuel la observa atentamente y me dice: “Tenés mucha suerte de vivir en Francia con tu hija”. Yo: “ Sí, ya sé que tengo suerte de vivir aquí, pero por qué con respecto a Sol?” “Porque Francia es el único país de Europa donde hay escuelas de circo”. Lo decía muy seriamente, y se equivocaba poco: hoy Sol no es trapecista, sólo cantante de jazz.

David Vergara

Con Manuel en el CENDES

De Manuel guardo los recuerdos más cálidos del exilio venezolano. Lo adoptamos como abuelo de mis hijos en Caracas, siempre atento a las preocupaciones de la tímida Paola y del juguetón Diego, quien todavía se acuerda que cada vez que íbamos a casa de Manuel y Cora le daban un chocolatín con un muñequito de plástico para coleccionar. En los exilios siempre hay montones de niños y adolescentes que tienen distintos problemas de adaptación y reconstrucción o construcción de identidades. Manuel era muy sensible a las emociones de los chicos, y aunque siempre fue un maestro y lo intelectual para él era súper importante, no dejaba de estar pendiente de esas otras dimensiones.

Cuando llegué a Venezuela, en 1975 con un par de cartas de Enrique Oteiza desde CLACSO para los sociólogos venezolanos que en esa época dirigían el CENDES (Centro de Estudios del Desarrollo) de la Universidad Central de Venezuela (Fernando Travieso y José Agustín Silva Michelena), Manuel trabajaba allí junto con varios argentinos también exiliados. Manuel debe haber sido quien con José Agustín Silva decidieron invitarme a que me hiciera cargo de la nueva maestría en Política y Planificación de la Ciencia, dictando la materia Ciencia, Tecnología y Sociedad, que vino a cambiar el rumbo de mi carrera pues hasta entonces hacía antropología rural. Manuel había venido dando clase sobre ese tema y otros en el CENDES pero me propuso que me encargara de la materia.

Insistía que había que formar especialistas en política científica y, más que nada, negociadores de tecnología. Estaba convencido de que en América Latina no sabíamos negociar tecnología en función de los intereses nacionales. Creo que su prédica nos marcó a todos en esos diez años de convenio CENDES-CONICIT para la formación de gestores y planificadores de la ciencia.

Se me quedó grabada la charla que tuvimos un día sobre la dificultad de conseguir fuentes de información en un país nuevo como Venezuela, donde los archivos y bibliotecas no eran precisamente de maravilla, y donde aparentemente resultaba muy difícil conseguir información para la investigación. Pero Manuel me dio una clave valiosa, algo que yo había venido practicando en más de un sentido, pero con sentimiento de culpa. El me dijo: en Venezuela en los periódicos se consigue todo, hay que leerlos con atención y sistematicidad. Tiempo después conocí a Bernardo Mommer, matemático alemán que también pasó por el CENDES, y que eventualmente llegó a ser uno de los mayores especialistas en materia petrolera en Venezuela. Alguna vez me dijo que su principal fuente de información sobre el petróleo en Venezuela a lo largo de los años lo habían sido los periódicos.

El archivero fantástico de los contactos de Manuel en Caracas a la disposición de todos quienes lo necesitáramos en uno u otro momento, que recuerda uno de los entrevistados era así, maravilloso.

Hebe Vessuri

Hice mi Licenciatura en Matemáticas en la Facultad de Ciencias de la UBA entre 1957 y 1961. Allí interaccioné con Manuel Sadosky casi desde el principio. Fuí becario de la Fundación Alberto Einstein en la que Manuel y Cora eran motores principales. Como el grupo de Matemáticas era relativamente pequeño, la conexión era estrecha y sobre todo Cora llevaba buena cuenta de los detalles de nuestras vidas.

Con el tiempo hubo bastante intercambio social, incluyendo un verano en que los Sadosky alquilaron un chalet en Miramar (creo), e invitaron a varios de los estudiantes (generalmente pobres) a pasar unas inolvidables vacaciones en la playa. Para algunos, como yo, las primeras. Recuerdo largos paseos en bicicleta y en fin, un excelente veraneo.

Al poco tiempo de graduarme Manuel me invitó a trabajar en el recién fundado Instituto de Cálculo. Viniendo de un programa de Matemáticas ultrapuras, esto fué un cambio fundamental que me abrió el camino para el resto de mi vida. El acceso a una computadora en una época tan temprana fué una tremenda oportunidad que le debo a Manuel, junto con todas las otras vivencias de una persona dedicada a hacer bien sin mirar a quien.

Víctor Pereyra
Stanford University
California, USA

Manuel Sadosky jugó un papel relevante en el inicio y en el desarrollo de la Computación en el Uruguay, y además en mi propio desarrollo profesional.

A mediados de la década del 60 existía el interés en la Universidad de la República del Uruguay de iniciar la preparación de profesionales en el área de Computación. Esta inquietud era compartida por el Rector de ese período, el Ing. Oscar Maggiolo, y el Prof. Rafael Laguardia, director del Departamento de Matemáticas de Ingeniería, quien había establecido un convenio con la empresa estatal UTE para la elaboración de modelos matemáticos computacionales de simulación del sistema de generación de energía del país. Coincidentemente y en el año 1966 se produce el desmantelamiento, de la Facultad de Ciencias Exactas de la Universidad de Buenos Aires de la República Argentina, y en particular de su Centro de Cálculo por la dictadura militar. El Ing. Maggiolo tomó contacto con quien era su Director, el Dr. Manuel Sadosky, del cual resultó la participación de este último como consultor en la conformación de un Centro de Computación y en la implementación de una carrera universitaria. El desafío para Manuel era conseguir gente para poder cumplir con esos objetivos. A nivel personal me sucedió lo siguiente. Una tarde yo estaba “perforando tarjetas” para mi trabajo en el modelo del sistema energético, cuando me tocan la espalda y una persona, que se presenta como Sadosky me ofrece participar en su proyecto de la creación del Centro de Cómputo de la Universidad de la República. Mi primera reacción fue de resistencia ya que yo era un ingeniero eléctrico y lo único que manejaba de computación era la programación. La respuesta de Sadosky fue enfática, me dijo: “usted ha desarrollado este modelo energético, que es el programa más grande y complejo que existe en Uruguay y que se necesitaba esa experiencia para la nueva institución que estaba creando”. Manuel era muy entusiasta y persuasivo, y ese día, casi sin darme cuenta, cambié de profesión y de futuro. Así comenzamos en un grupo pequeño a trabajar para formar la carrera y traer la primera computadora a la universidad. Al cabo de un tiempo de estar trabajando en forma autodidacta, siento la necesidad de especializarme y conversando con Sadosky me convence de ir a hacer un doctorado en Francia, con un profesor francés de Grenoble que él conocía de Bahía Blanca. Y allá me fui, en el año 1971, otra vez guiado por Manuel. Ya terminando mi doctorado, sucede el golpe cívico militar en Uruguay y me echan de la Universidad. Ante mi gran desazón, aparece una vez más Manuel quien me brinda contactos con Universidades venezolanas, donde me invitan a incorporarme como profesor. Y allí fui, una vez más guiado por Manuel.

Once años estuve en Venezuela, y entonces comenzaron a volver las democracias a nuestros países del Sur. Y una vez más aparece Sadosky, ahora con su cargo de Secretario de Ciencia y Técnica de Argentina a ofrecerme la dirección de la Eslai, proyecto latinoamericano de informática que estaba fundando en la ciudad de La Plata. Y allí fui un vez más guiado por Manuel. Ya en mi cargo Manuel me dice un día que quería darle atención a Uruguay. De alguna manera quería completar lo iniciado 20 años antes y truncado por la dictadura.

Sin lugar a dudas he sido beneficiado de esa generosidad tan característica de Manuel Sadosky, quien siempre estaba preocupado por la gente que conocía y usaba todos sus contactos para ayudarlos, en la medida que él entendía que eso favorecía al proceso de desarrollo científico y tecnológico de nuestros países.

Jorge Vidart

Los científicos

El Centro de Estudios de Ciencias fue un lugar de discusión política alternativa creado por algunos renunciados del 66, entre otros Manuel Sadosky, Sara Rietti, Amanda Toubes, David Jacovkis y Albi Gelon. En 1968, cuando Oscar Varsavsky volvió a la Argentina, se incorporó también al CEC, y creó un grupo de trabajo, el Centro de Planificación Matemática, para desarrollar modelos matemáticos a las ciencias sociales. En el CPM trabajaban, junto con Varsavsky, tres programadores (Marcelo Larramendy, Néstor Sameghini y Roberto Schteingart) de la consultora Asesores Científico Técnicos (ACT) que habían fundado en 1966 Manuel Sadosky, Rebeca Guber, David Jacovkis y Juan Chamero.

En 1969 las Escuelas ORT compraron una computadora IBM 1130 e instalaron un centro de cómputos, dirigido por el Ing. Julio Guibourg, y del que Manuel fue uno de los mentores. Por su inspiración se dictó un curso de programación destinado a estudiantes universitarios (Manuel quería mantener el contacto con los estudiantes pese a no estar más en la universidad). Lo dictó Roberto Schteingart y era un curso muy interesante, pero que tuvo poca repercusión: sólo se inscribieron unos pocos alumnos (entre ellos yo) y muy pocos fuimos quienes lo completamos.

Alrededor de septiembre, Roberto me propuso trabajar con una dedicación simple como asistente de computación del CPM, y acepté. Era un espacio muy estimulante (y a los 19 años me parecía increíble). Una vez por semana había una reunión plenaria en la que participaban todos los miembros del CEC, y Manuel siempre charlaba un rato conmigo sobre mis estudios y sobre el estado de la Facultad. Le pregunté una vez si le interesaría charlar con mis compañeros y aceptó encantado. Y ahí fui, muy contenta, a contarle a mis amigos que podíamos tener una charla sobre la universidad y el país con Sadosky, pero me cortaron en seco: “¿Pero vos estás loca? ¿Una reunión con los científicos? ¿Vos no sabés quiénes son los científicos?”. Yo no sabía (y sigo sin saber) por qué la gente del Instituto de Cálculo había sido tildada de científica. Y mis amigos se perdieron una reunión con Manuel.

Rosita Wachenchauser

Recuerdos de muy viejos tiempos

Habia oído hablar de Sadosky en casa, porque mi madre colaboraba en la Junta para la Victoria con Cora Ratto, durante la segunda guerra mundial. Lo conocí personalmente recién en septiembre de 1955, en una fiesta que hubo en el patio de Peru 222, donde cantaron María Elena Walsh y Leda Valladares, un dúo folklórico que después fue famoso. Profesores, egresados y estudiantes bailamos hasta muy tarde.

Poco tiempo después, posiblemente en 1956, se organizó el primer curso de ingreso a la Facultad de Ciencias Exactas. Para eso hubo que convencer al estudiantado, que hasta entonces entraba directamente del secundario, de las ventajas de dar un examen de ingreso. Eso tuvo éxito porque las clases eran realmente entusiasmantes. El profesor de matemáticas era el Dr. Manuel Sadosky y yo fui una ayudante alumna. Recuerdo que antes del primer parcial nos pidió que adivináramos la nota de cada uno de los estudiantes de nuestro grupo, como una manera de saber cuánto contacto teníamos con ellos. Hubo 2 casos en que me equivoqué por mucho, uno porque era tímido y no hablaba y otro porque hablaba demasiado. Algunos de los estudiantes de ese curso todavía hoy son amigos míos, tal era el ambiente que Manuel creaba a su alrededor.

Un recuerdo imborrable fue el día que Manuel entrevistó a un estudiante ciego, lo aceptó como alumno y nos lo presentó. Había que tener mucha audacia para hacer eso pero hoy todos sabemos que fue un éxito. También fue importante la Fundación Alberto Einstein, que otorgaba becas a estudiantes de licenciatura. El mundo ha cambiado, hoy las becas se otorgan directamente a los mejores alumnos mientras que Sadosky entrevistaba a cada postulante y evaluaba si realmente necesitaban la beca o no, con una clara intención de acercar a la universidad a otros estratos de la sociedad.

Aprender y enseñar con entusiasmo y ayudar a los que lo necesiten, ya sea por falta de dinero o por alguna situación personal, son sus enseñanzas de esa época.

Posteriormente, durante el rectorado del Ing. Babini, Sadosky me pidió ayuda para hacer una estadística de los graduados de la UBA. Trabajamos unos meses en Viamonte 400 y lo que más me llamó la atención fue la poca cantidad de graduados en agronomía y veterinaria, no lo podía creer. Eso lo hice gratis, pero mi primer empleo pago también me lo ofreció Sadosky, siendo vicedirector del Servicio Meteorológico Nacional. Era para hacer estadísticas de clima, tenía que revisar unos papeles húmedos en el sótano, pero no todos los años estaban registrados y resultó un trabajo bastante frustrante. Finalmente, ambos nos volvimos a la Facultad de Ciencias Exactas de la UBA. Yo fui como docente al nuevo departamento de meteorología y Sadosky fue electo vice-decano, cargo que ocupó hasta la noche de los bastones largos.

Sadosky fue un entusiasta de la computación, creador de la carrera de computación científica, director del Instituto de Cálculo y organizador del uso de la primera computadora científica, apodada Clementina. Con ella hice yo mi tesis doctoral y algunos trabajos posteriores. En ese sentido Sadosky le dio el empujón inicial a mi carrera científica, ya que desde entonces trabajo en computación aplicada a ciencia de los materiales.

Dejo para otros más jóvenes la descripción de la obra posterior de Sadosky, como organizador de la ciencia argentina y como gran “empezador” de aventuras educativas.

Mariana Weissmann

Manuel el visionario

Volví a Argentina en un momento lamentable para la ciencia y la tecnología. Era 1994 y me instalaba en Buenos Aires después de un doctorado y un post-doctorado, en una época sin subsidios, sin proyectos y con sueldos miserables. Decir que la recepción que me dio el sistema científico/tecnológico fue fría sería exagerar: no hubo recepción ni reacción alguna. En ese contexto, la única persona que me hizo sentir bien con el retorno fue Manuel Sadosky. Fui a visitarlo a su casa en la calle Paraguay, donde Katún me recibió y me preguntó por mi padre, como si estuviera visitando a unos tíos. Estaba sentado en el salón con una de las personas que más admiraba en la Argentina. Le pidió a Katún galletitas. De esa reunión recuerdo sus comentarios sobre los italianos “tienen un país maravilloso y construyeron autopistas elevadas para ir a 160 y no ver nada de lo que van pasando” y sus intentos de ayudarme en mi llegada. Seguía con la misma lucidez que en sus mejores años, con una visión estratégica de la ciencia que iba mucho más allá de la coyuntura. Él se daba cuenta de que la situación iba a cambiar, que tarde o temprano las cosas que tienen que pasar, pasan, y que la ciencia en un país no puede ningunearse. Yo no tuve tanta sabiduría, pero su visión me impactó y me motivó. Hasta el día de hoy cuando participo en alguna iniciativa de apoyo a la ciencia y tecnología, pienso en cómo pagar esa reunión, un día lluvioso a la tarde, en su casa.

Unas pocas semanas después de esa visita me tocó ser presidente de comité de programa de las JAIIO, las jornadas de informática en Argentina. Hice un esfuerzo enorme para acercarlas a la universidad, juntar industria y grupos académicos, buscar afuera gente de primer nivel para los tutoriales, generar un cambio en el acercamiento industria/universidad. Eso generó bastante ruido y muchísimas críticas. Pese a su estado de salud, pese a tener la edad que tenía, Manuel se acercó hasta el cierre de las jornadas y dijo algunas palabras de apoyo. Él tenía clarísimo cuál era el futuro de la informática y la necesidad de recorrer el camino que se estaba emprendiendo. Entró caminando en el Aula Magna del Pabellón II y lo tenían que acompañar sosteniéndolo del brazo, y para mí su aprobación valía más que si hubiera entrado la caballería, y tal vez así lo veía a él. Esa muestra de interés y apoyo me sigue emocionando hoy cuando la recuerdo. Por eso, para mí es un orgullo que la fundación que está intentando construir mecanismos de transferencia tecnológica en TI lleve su nombre. Y que sigamos recordando a un verdadero visionario recorriendo los caminos que él nos marcó.

Daniel Yanquelevich

Cómo lo conocí

Corrían los últimos meses del '53 y el CEI "LLR" estaba en una especie de semiclandestinidad. Un año antes el gobierno peronista había cancelado su personería jurídica, expulsado sus locales de las sedes de la FIUBA, que recién se estaba creando como unidad académica separada de la antigua Facultad de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales y prohibidas sus actividades. Como es obvio fue refundado en forma inmediata y luego de notables episodios para rescatar sus bienes entre ellos su biblioteca y los archivos de la famosa revista Ciencia y Técnica, de reputación asentada a lo largo de décadas tanto en el país como en A. Latina, continuó con su labor gremial y política.

Era un hecho, en aquellas épocas, que el cuerpo de profesores había perdido por "expulsión" de sus mejores exponentes y el nivel de la enseñanza había decrecido en forma notable. Traducido en los hechos prácticos, los alumnos del 1^{er} año terminaban las materias sin entender de qué se trataba. Ante ello el CEI "LLR" organizaba, por iniciativa de Manuel, cursos repaso que se daban en los locales "escondidos" a medias. Uno de esos cursos era de Análisis Matemático I. Y quien lo daba era Manuel Sadosky. En aquellas épocas, si la memoria no me falla, yo era uno de los sub delegados de materias de los primeros años y era responsable de los cursos que se daban en el local de Las Heras.

Lo recuerdo bajando la escalera que llevaba a un sótano sobre la Avda. Las Heras casi llegando a Azcuénaga donde se amontonaban los Centros de Estudiantes de Derecho y de Ingeniería más el casero, Don Castro, del viejísimo edificio al que pertenecía el sótano. La asistencia de más de 50 estudiantes colmaba el reducido salón que tenía el sótano. Allí comenzó Manuel su clase, brillante y muchos aprendieron lo que eran las derivadas y las integrales. Ese fue mi primer contacto directo con él.

A veces Manuel no podía venir y la clase la daba la inolvidable Cora Ratto, su mujer y compañera de militancia, con quien compartió su paso por el PCA y también su desvinculación del mismo.

Recuerdo que de paso, quiso saber cuánto yo sabía de derivadas. Y me tomó, sin que yo me diera cuenta, un examen que duró un largo rato porque, ya que estaba, me explicó ciertas aplicaciones de lo que después vi que era la ecuación diferencial de segundo grado, y me dijo: si estás organizando estos cursos de repaso para primer año vos tenés que saber lo que explico porque los muchachos te van a tomar como ayudante de Trabajos Prácticos. Es una de las tantas cosas que Manuel enseñaba a cada paso.

Nuestro candidato a Decano de la FIUBA.

Con la Ley Avellaneda nuevamente en vigencia y con un nuevo Estatuto Universitario por ser elaborado, la UBA con el Dr. Alejandro Ceballos, prestigioso representante del sector liberal y laicista de la actividad académica nacional, convocó a elecciones para la elección de autoridades. El gobierno Universitario lo integrarían profesores, graduados y estudiantes en los CCDD y de la asamblea surgiría el Rector de la UBA.

La FIUBA era una de las facultades en las que los nuevos aires de la Reforma corrían. Determinados sectores tradicionales de la ingeniería –fundamentalmente concentrados alrededor de las ramas de la Ingeniería Civil- representaban quizá el núcleo más conservador del claustro docente y de graduados. Los estudiantes y las minorías de profesores y graduados se orientaban hacia corrientes de pensamiento más modernas con una visión diferente de la misión de la universidad. Esta línea de pensamiento estaba inspirada en lo que ocurría en otras Facultades como Exactas con la secuencia Babini, García o Filosofía. Se buscaba que el Rectorado lo ocupara Risieri Frondizi.

La “derecha” llevaba en la FIUBA como candidato a Decano al Ing. Alberto Constantini, destacadísimo profesional de corte conservador liberal y firmemente laicista. La “izquierda” sostenía a Manuel Sadosky. La posición de éste en lo referente a la misión y la organización de la Universidad y su posición laicista fue considerada por la derecha de la Facultad como inaceptable. La votación sería según el voto decisivo del consejero estudiantil por la minoría de la agrupación Humanista que obviamente se oponía a la posición laicista y moderna con un fuerte compromiso hacia la Nación del sector “reformista”.

El consejero, Héctor Abrales, quien resultara desaparecido durante la última dictadura militar, tenía la convicción personal de que el Decano debía ser Manuel Sadosky. Sin embargo, en aquella época, los mecanismos de la democracia y de la representatividad se cumplían rigurosamente. La agrupación humanista de Ingeniería, reunida en una asamblea con la gran mayoría de sus militantes, decidió apoyar a Constantini. El delegado votó conforme a su mandato y al anunciarse el resultado sufrió un desmayo y una depresión que lo acompañó a lo largo de su actividad profesional y académica.

Manuel se integró al CD de la FIUBA y participó activamente en la concreción de lo que se postulaba gracias a que Constantini supo contener a la “derecha” e instrumentar lentamente la mayoría de las propuestas del sector reformista inspirado en la FIUBA por Sadosky.

Manuel Sadosky, Secretario de Ciencia y Técnica de la Nación.

Abril del '84. Manuel Secretario de Ciencia y Técnica del gabinete de Raúl Alfonsín. Recién llegado del exterior fui a saludarlo al despacho en el edificio de la Avda. Córdoba. Me pareció que le podría interesar un análisis de la política informática y de comunicaciones de Brasil. Así que le acerqué un trabajo que le hice para él, en realidad un estudio comparativo, del complejo electrónico (actividades de I+D, industria, comercio y servicios de telecom e informáticos) entre Argentina y Brasil. Lo miró y como hacía él cuando quería ver que había en el trabajo se quedó un rato leyendo y me dijo: Uds. los de Ingeniería son todos iguales, es una tranquilidad porque todos están cortado por la misma tijera y porque se sabe cómo van a pensar ante las cosas que surgen y siempre mantienen sus pensamientos

Es sabido que el Estado, en esta parte del mundo eta organizado funcionalmente y es absolutamente imposible establecer una interacción coordinada del tipo horizontal entre las distintas dependencias. Para tratar lo correspondiente al mundo de la “electrónica” algunos concebimos la CONITE, Comunicaciones, industrias, Comercio, Ciencia y Técnica y Producción para la Defensa, todas ellas secretaría de Estado para que sus autoridades tomaran resoluciones independientes pero coordinadas sobre un tema en particular. Esta heterodoxa forma de gestionar causó estupor entre los Secretarios de Estado involucrados salvo en Manuel quien defendió la idea y el mecanismo funcionó un par de años con razonable suceso.

Roberto Zubieta